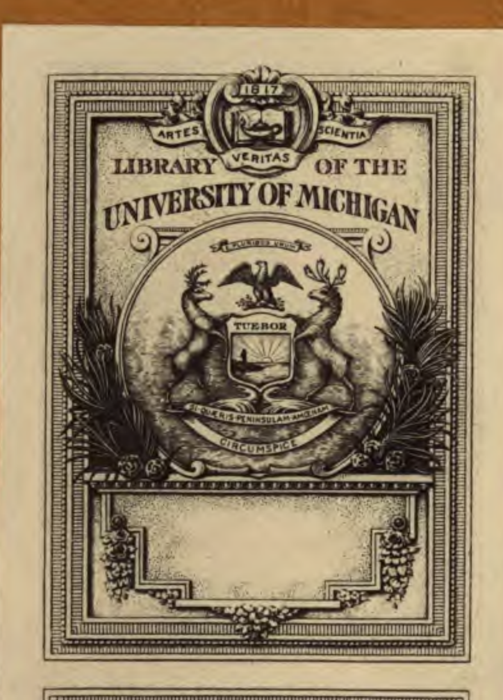
ROMERO Y LARRAÑAGA

DOÑA JIMENA DE ORDOÑEZ

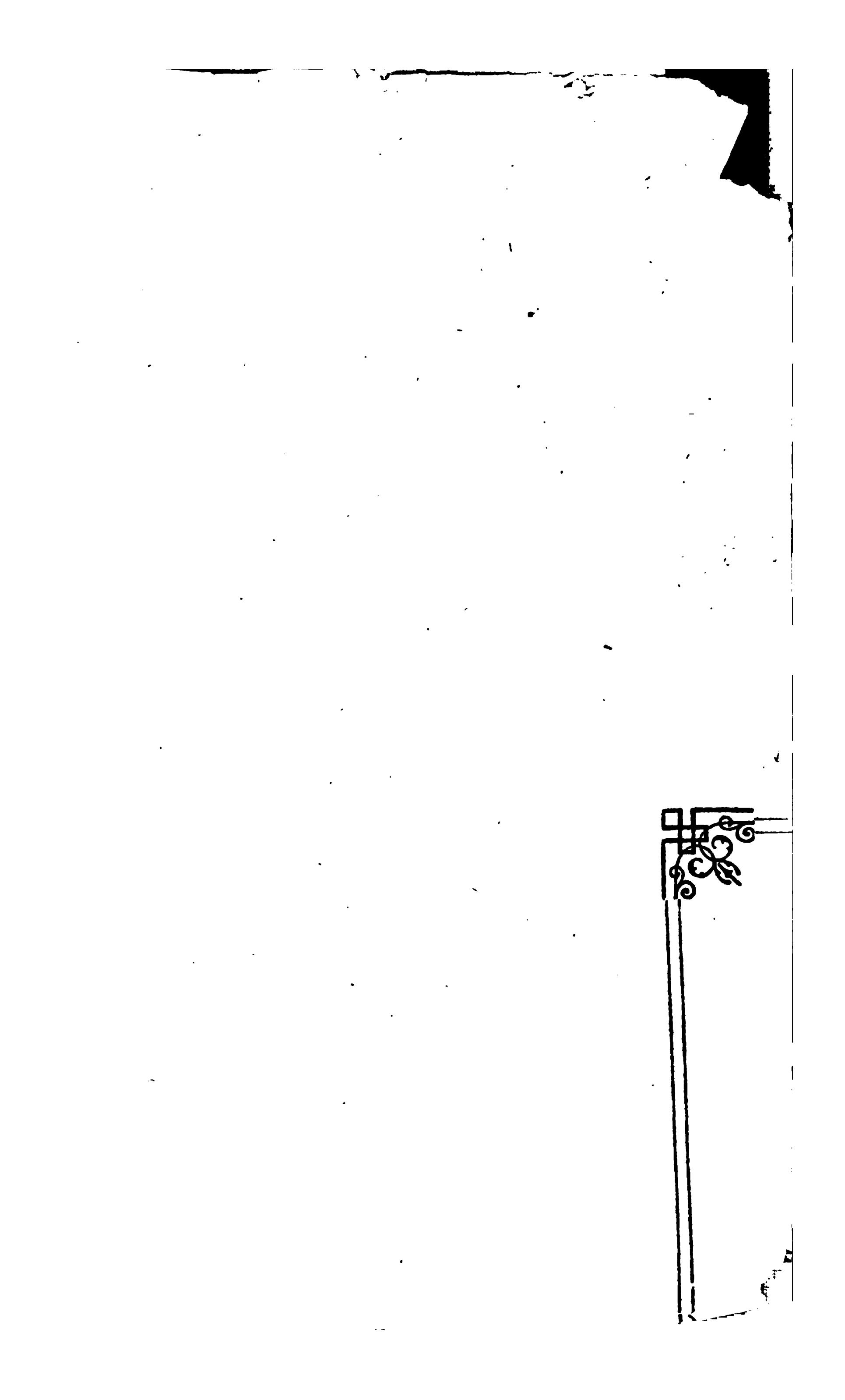

1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

Doña Jimena

de Orellana

por

Moreno Zarraoga



DOÑA JIMENA

de Ordoñez,

DRAMA ROMÁNTICO EN CINCO ACTOS, EN VERSO:

Original

de Don Gregorio Romero y Larrañaga.



Madrid: 1838.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 7.

PERSONAGES.

DOÑA JIMENA DE ORDOÑEZ.

DON GARCÍA ORDOÑEZ, *caballero.*

DON GONZALO FORTUÑO, *hijo-dalgo de Navarra.*

AZNAR SANCHEZ, *hijo-dalgo navarro, al servicio del de Castilla.*

DON SANCHO, *Alcaide del Castillo.*

UN RELIGIOSO.

RUI-VLASCO, *page de armas de D. Gonzalo.*

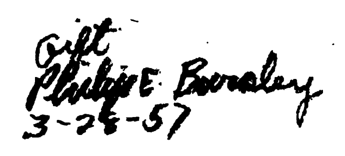
BERNARDO. }
JIMEN. } *Soldados.*

ORDOÑO. }
SUÑER. } *Confidentes de D. García Ordoñez.*

GUERREROS, DAMAS Y PAGES.

El año es el de 1054.

La accion pasa en la fortaleza de Valtierra y sus cercanías.



ACTO PRIMERO.

Salon al estilo antiguo. Una puerta al fondo por la que se distingue parte de la muralla y un centinela: á la derecha otra puerta que conduce á las cámaras interiores del castillo.

ESCENA PRIMERA.

DON SANCHO *y* CABALLEROS *adelantándose á recibir á* DON GONZALO *que entrega la lanza y el escudo.*

D. Gonz. Suntuoso alcázar, soberanos muros,
mansion hermosa de mi edad primera,
salud, salud. Valientes campeones,
aguerridos vasallos, cuál se alegra
mi corazon al recordar los tiempos
en que á la lid mi brazo os condujera,
y triunfos mil y glorias inmortales
debí al esfuerzo de tan firmes diestras.
Acaso, amigos, es llegado el dia
de tornar otra vez á la pelea,
sin que se dé al olvido vuestro nombre,
dentro de las murallas de Valtierra.
Á partir preveniros. Orgulloso
recibo en tanto las sublimes muestras
de leal gratitud. Siempre sensible
con fuego eterno el corazon las sella... (*Se van los guerreros.*)
Don Sancho, anciano, venerable, amigo,
y noble alcaide de esta fortaleza,
á cuyo mando su custodia estuvo
en tanto fué mi dilatada ausencia.
Decidme, la infeliz hermana mia
¿soportar ha podido su existencia?
¿Ha hallado un pecho amante, cariñoso

*

que con ella suspire... ¿Su terneza
en que pasaba las eternas horas
de llanto y desconsuelo?

D. San. Cierto, eternas
sus lágrimas corrieron noche y dia.
Ni uno solo pasó sin que las vierta.

D. Gonz. Vós estrañais sus dolorosos males.
Si supiérais que Nuño sin prudencia,
nuestro padre, vendido por traidores
contra el Rey conspiráre. Si supiérais
que descubierto el caso por desgracia,
y don García Ordoñez con las pruebas
se presentó al anciano confesando
su delirio amoroso por Jimena.

D. San. ¿Y sin duda la hermosa Castellana
no aceptó al caballero?

D. Gonz. Ni pudiera.
Ella entonces queria; ella adoraba
á un jóven de galana jentileza,
á Aznar Sanchez, caudillo de las tropas
de don Fernando que en Castilla reina.
El alma pura le entregó ardorosa
antes que un alma en sí tener supiera.
En su querer mi padre complacido,
del de Ordoñez la súplica perversa
constante desoyó: mas el cadalso,
para su estirpe abominable afrenta,
en el morir su ancianidad cansada,
el inicuo García le recuerda:
que aunque entre el oro se meció su cuna
escedió lo villano á su nobleza.

D. San. ¿Qué decidió?

D. Gonz. Morir en el suplicio
antes que sin honor darle á Jimena.
Entonces ¡ay! mi amigo generoso,
viendo cercana la venganza horrenda,
y el débil cuello del caduco anciano,
al recordar que sin piedad, se ofenda,
le sacrifica su pasion sublime;
á su adorada, ser esposa ruega

del bárbaro García, que así infame
logró ser dueño de su mano bella.
Me hallaba ausente á la sazon. Mi amigo
partióse triste para luengas tierras.
Nuño murió de amargo sentimiento,
y la infeliz acaso sucumbiera,
si el marchar á campaña don García,
donde ha dos años sin tornar se encuentra,
no dejase á sus ojos libre el llanto,
y un consuelo á su pecho, su conciencia.

D. San. Notable villanía en el de Ordoñez
y en Aznar Sanchez, generosa prueba.
¿Y no se sabe de su nuevo estado?

D. Gonz. Hasta la corte de Fernando fuera;
quien de una faja ennobleció su pecho
en premio de su esfuerzo y su nobleza.
Hace ya tiempo se partió del campo,
y aunque se juzgue su mision secreta
por encargo del Rey; ni su destino,
ni aun si es que vive, nada nos revela. (*Se ve remudar el centinela de la muralla.*)
Mas el crujir de las sonoras armas
ya mi olvidada comision recuerda.
Á todos los caudillos, un soldado
de su Rey llevará la órden espresa
de que al punto se apresten sus guerreros
con nuevo ardor á la mortal contienda.

D. San. ¿De don García Sanchez? ¿No hace dias
que el Rey estaba prisionero en Cea?

D. Gonz. Así es verdad, mas sobornó las guardias
el oro prodigando, y las cadenas
libres dejaron las augustas manos
que ya la lanza y el bridon sujetan.
Á miles se reunen los parciales:
los feudatarios Reyes de Tudela
y de Córdoba, al trance se aperciben;
lo mas ilustre de la sangre ibera
compone sus escuadras, y enlazadas (*Se ve atravesar á Aznar encubierto.*)
de Navarra las ínclitas banderas,

con los soberbios estandartes moros,
juntos componen respetables fuerzas.
Cada Señor defenderá su alcázar:
por eso me hallo dentro de Valtierra.
Y en cambio de mi acero, ya cien lanzas
escojidas tendreis, y de ballestas
número igual, si mi órden recibísteis
de que se apresten á la lid tremenda;
pues querría con solos mis vasallos
servir al Rey en la sagrada empresa.

D. San. De los vuestros, Señor, los mas valientes
solo el instante de partir esperan,
y el que acaudille la esforzada hueste
y ose á su frente tremolar la enseña.

D. Gonz. El noble Capitan que les destino,
el anciano esforzado que defienda
con entusiasmo el estandarte mio,
sois vos, don Sancho.

D. San. Que lo dude es fuerza.
Señor, tanta merced. Las blancas canas
fijan el curso de mi edad postrera;
tiembla mi mano al embrazar la lanza,
y ya las armas en mis hombros pesan. (*Vuelve á aparecer Aznar.*)
Del fuego antiguo, belicoso ardiente,
conservo solo las cenizas yertas;
permitidme por tanto.

D. Gonz. Escusad, Sancho.
Bien sé el valor que vuestro pecho encierra.
Disponeos cuidoso á la partida.
Ya brilla el sol en medio á su carrera.
Antes que sople la templada brisa
de la tarde, ó que fúlgida la estrella
en las nubes se ostente precursora
de la tranquila noche, por la vega
caminando del Ebro bullicioso
ya de sus reales os encuentre cerca. (*Se va don Sancho.*)
Observo que un guerrero, largo rato
reconoce estos sitios... Mas él llega.

ESCENA II.

DON GONZALO *y* AZNAR *que se descubre la celada.*

Aznar. (*Aparte.*) Está solo; Gonzalo...
D. Gonz. Vós! que miro.
Que acaso tan feliz hasta Valtierra,
vuestros pasos conduce.
Aznar. Amigo mio.
D. Gonz. A quien tal dicha deberé.
Aznar. Solo á ella.
D. Gonz. El campo abandonais del Rey Fernando.
Aznar. Ya he cumplido sus órdenes secretas,
y para algunos dias de retardo,
el mismo Rey me concedió licencia.
No ignora mis amores desgraciados.
Cuando cercano de la lid horrenda,
el fin aciago, el corazon me anuncia,
os lo aseguro, amigo, ya sin verla,
sin escuchar de nuevo de sus labios
que un tiempo me adoró, sin la certeza
de que con tristes lágrimas amargas
exhala su dolor en mi presencia:
sin declararla el indomable impulso
del frenético amor que me atormenta,
que nunca se estinguió, que mas terrible
y mas y eternamente aquí se hospeda.
No partiré. Despues si en la batalla,
noble tumba de horror, hallo mi huesa,
con la memoria de su hermoso lloro,
leve á mis restos les será la tierra;
y sabré que mis labios al helarse
un nombre pronunciaron... Mi Jimena.
D. Gonz. Desventurado amor.
Aznar. Pronto, Gonzalo,
conducidme á sus plantas, quiero verla.
D. Gonz. Esperad, esperad. Ni aun vuestro amigo,
ni aun su hermano, que tanto se interesa

por la infeliz, la ha visto. Hace momentos
que piso los salones de Valtierra. (*Sé ve cuadrar al centinela.*)

Aznar. (*Mirando con interes.*)
El vijía del muro ha saludado.

D. Gonz. Algunas damas hácia aquí se acercan.
Una entre todas como se distingue
por su modesto andar, y su presencia
soberana y hermosa.

Aznar. No es mentida
ilusion de mis ojos... Es Jimena;
al traves de sus tocas, mi ternura,
precioso objeto al corazon recuerda.

D. Gonz. Permitidme. Primero he de advertirla.
Despues tendreis la despedida acerba. (*Aznar se retira.*)

ESCENA III.

DON GONZALO *y* DOÑA JIMENA. *Las damas se retiran.*

D.ª Jim. Noble hermano. Mi Señor,
otra vez me dad los brazos,
prueben tan dulces abrazos,
de mi pecho el tierno amor.
Cuanto el momento anhelaba
de tan dichosa venida:
en peligro vuestra vida,
cuanto por ella temblaba.
El alma exhala su pena
al placer de contemplaros:
no me canso de abrazaros,
hermano mio.

D. Gonz. Jimena!

D.ª Jim. ¿Tendré ya esperanza alguna
que mitigue mi sentir?
¿Don Garcia...

D. Gonz. Ha de venir
acaso.

D.ª Jim. Triste Fortuna.

D. Gonz. Vos vacilais; el color
huyó cual nube fugaz,
de la blanca mustia faz,
que anubla cruel dolor.
El llanto baña abundoso
la pura mejilla fria;
calmaos, hermana mia,
aunque torne vuestro esposo,
pronto os abandonará
por correr á la campaña,
dó la guerra con mas saña
muy en breve estallará.
¿Tal os enoja el tirano?

D.ª Jim. No me bastó sucumbir,
què aun se me obliga á sufrir
el tacto de aquella mano.
De aquella mano sangrienta,
que á mi Padre amenazó,
que nuestra ruina juró,
y de Aznar Sanchez la afrenta.
Del único amigo fiel,
por quien Jimena vivía;
¡cual se parte el alma mia
á recuerdo tan cruel!
y ese es mi esposo. ¡Gran Dios!
el esposo que me han dado;
respeto el nudo sagrado
que contrajimos los dos;
mas, hermano, moriria
si tornase de la guerra,
no presumis cual me aterra
la presencia de García.

D. Gonz. Desventurada belleza;
vuestro afan tenga consuelo,
Piadoso me trajo el cielo
á salvar vuestra cabeza.
Os encontrais á mi lado,
un defensor teneis yá,
y otro que anhelando está

daros su vida estasiado.

D.ª *Jim.* Solo él... Tambien burlais
vos de mi dolor, hermano.

D. *Gonz.* No son burlas. Muy cercano
está ese bien que dudais.

D.ª *Jim.* Es posible,... un solo instante...
Verle un instante... y morir.

D. *Gonz.* (*Acercándose al lado donde está Aznar.*)
Amigo, podeis salir.

D.ª *Jim.* Él... mi bien.

Aznar. Mi tierna amante.

D.ª *Jim.* (*Abrazando á su hermano.*)
Cuanto debo á vuestro amor.

Aznar. Gonzalo feliz.

D. *Gonz.* Hermana,
pronto se ausenta.

D.ª *Jim.* ¿Mañana?

D. *Gonz.* Ahora mismo. Pues su honor
se encuentra comprometido.
Partirá dentro media hora.
Con mis lanzas.

D.ª *Jim.* ¡Ay!

Aznar. Señora.

D. *Gonz.* Á haceros vino el despido
de enamorado doncel.

Aznar. (*Ap.*) Haberla visto y marchar.

D. *Gonz.* Voy mis órdenes á dar,
quedad á solas con él.
De los Fortuños, hermana,
la noble sangre teneis,
y estoy seguro no hareis
jamas una accion villana.

D.ª *Jim.* Podeis creerlo, Señor.

D. *Gonz.* Os habeis quedado muda;
vos, no sentireis sin duda,
que parta al campo de honor?

D.ª *Jim.* No me atrevo á desearlo,
mas si tornase García.

Aznar. Qué ingrata.

D. *Gonz.* Ademas, hoy dia

es nuestro amigo, vasallo
de don Fernando en Castilla
su consejero mejor,
y acaso el de mas valor
que sus tropas acaudilla.
Ya que riesgo peligroso
amenaza su corona,
es fuerza que su persona
le sacrifique animoso.
¿Que decia?

D.ª Jim. (*Con tristeza.*)
Que cumpla fiel.

Aznar. ¡Que pronto se convenció!
¡Cuanto un año la cambió!

D. Gonz. El cielo os guarde.

Aznar. Id con él.

ESCENA IV.

AZNAR *y* DOÑA JIMENA.

Aznar. Jimena.

D.ª Jim. Ay de mí triste!

Aznar. ¿Me esperábais?
¿Las armas ponderosas,
en mis hombros veréis ya sin espanto?
Que llegase anhelábais,
y ya mi ausencia recordais sin llanto.
Y yo... ¡cual me engañaba!
Insensato creia,
que su sensible corazon rasgaba
dejando en lloro la Jimena mia.
Yo me fingí su delicada mano
incierta, vacilante,
fijarse con pavor en mi armadura,
y desatar el espaldar brillante,
y el damasquino acero
arrojarle por tierra temblorosa,
y en vez del casco que la dió terror,

su mano cariñosa
las sienes estrecharme con amor.

D.ª Jim. Que funesto delirio.

Aznar. Ya soy feliz, pues, vos de mi martirio
tambien participais.

D.ª Jim. Aznar querido.

Aznar. Ó destino por siempre aborrecido.

D.ª Jim. Injusto sois. Traed á la memoria
mi lamentable estado,
y de Jimena el vínculo sagrado.
¿Quereis que deje á mi pasion vehemente
volar en alas de amoroso fuego?
¿Quereis que pierda mi felix sosiego,
y que la impura frente,
si torna de la guerra,
para infortunio mio, don García
haya de sepultar entre la tierra?
¿Sería á vuestros ojos
entonces, (y no Aznar que el alma adora,
no lo que digo os ocasione enojos)
vuestra dulce señora
sería yo, tan pura,
tan cándida hermosura
la de honestos amores;
la digna del cantor de trovadores,
si consintiese en vuestro ardiente anhelo.
Si confesase, ¡ay! Cielo!
por evitaros el sufrir pesares,
que aborrezco á García, que me muero,
por vos, por mi garrido caballero,
y que aquella constancia fué mentida
que prometí al esposo en los altares?
El lloro comprimido,
verted, ojos verted.

Aznar. Dulce Jimena.
Sí, maldecidme, pues os causo pena.
Una gracia señora esperaria;
escuchar otra vez el nombre hermoso,
aquel nombre de amor, que en vuestros labios
de sublime placer me enloquecia.

D.ª Jim. Escuchadlo y partid... Aznar, os amo
si el deber encadena mis acciones,
hasta el olvido su poder no alcanza,
del pensamiento mio,
vuestra imágen querida,
se acabará cuando mi acerba vida.
Tristísima esperanza.
Aznar. Jimena idolatrada.
D.ª Jim. Á que nacer, quien nace desdichada.
Aznar. Vuestro dolor consolará, señora,
saber del pecho mio
el entusiasmo ardiente con que adora.
D.ª Jim. Ya lo sé, dulce amigo. Solo quiero
me digais la confianza lisonjera
de tornar á mis brazos, que os espera
la gloria en los combates, que ese acero
que miro con espanto,
antes de herir recordará mi llanto,
y en lance peligroso
procurareis cuidoso,
guardar á la que fué vuestra querida,
el alma suya, el alma de mi vida.
Aznar. Yo lo espero, mi bien. Que no es mas bella,
en tormentosa noche de borrasca,
la bonancible estrella
del Norte refulgente
al perdido infeliz navegador,
cuanto esta idea á mi sensible amor.
Mas ya sabeis que plácida esperanza
de enlazar á la vuestra mi fortuna,
ninguna al alma le quedó, ninguna.
Un voto temerario, injusto, impío...
D.ª Jim. Callad, por Dios.
Aznar. Si al menos con la muerte
de vuestro odiado esposo,
pudiera entonces uniros á mi suerte.
Mas no, vós lo jurásteis;
recordadlo, Jimena,
y con tal juramento me matásteis,
jamas tener otra nupcial cadena,

y, si en las lides muere don García,
su esposa para el mundo moriria.

D.ª Jim. No soy harto infeliz. El mal que os he hecho.
Ingrato, ingrato Aznar, bien lo sabias,
es el suplicio que desgarra el pecho.
El monstruo no bastante satisfecho
de estorbarme el vivir, vuestros amores
encadenar desea,
aun despues de su muerte mi alvedrío
y gozarse en la idea
de que nunca á mi bien llamase mio.
Entre las pobres tumbas
de la antigua capilla
sola con él, su daga me amagaba.
Ya sabeis como él mira y me miraba.
La noche tempestuosa, lo agorero
del viento silbador, os lo aseguro,
de la memoria mia
el mundo arrebataron. Inseguro
mi brazo entonces del puñal se armára
y en tan crudo momento;
sobre la losa de mi padre fria
pude grabar mi horrible juramento.

Aznar. ¿Y teneis de cumplirle la intencion?

D.ª Jim. Aun escucho su triste maldicion?
Vuestra razon, amigo, se estravia,
aun existe mi esposo.

Aznar. Si aun existe
mas de su muerte pronto llegue el dia.

D.ª Jim. Que furor tan terrible:
sosegad mi ansiedad, mi cruel martirio
compadeced sensible.

Aznar. ¿Y quién de mí se apiada? ¿De mis males,
que mano protectora
quiere cerrar la cancerosa herida.
Por siempre maldecida
una voz sepulcral solo resuena
y la voz que maldice es de Jimena.

D.ª Jim. Pensamiento horroroso.

Aznar. Mas con su muerte no fuera dichoso.

Yo buscaré la mia,
muger tirana, impía,
volaré á los combates,
no por honor de palma victoriosa,
solo á buscar al hombre fementido
que me robó mi Diosa,
el cielo que me estaba prometido.

D.ª Jim. Aznar mio.

Aznar. Eso mismo. Tal ternura
yo le sabré pintar. Tal desvarío
de inmenso amor que el corazon me encanta,
si decís "Aznar mio."
La verde banda, los cabellos de oro
bañados mirará de vuestro lloro.
Esto le irritará; del caballero
el vengador acero,
del corazon me encontrará el camino,
el pecho descubierto
opondré al asesino
y por García llorareisme muerto.

D.ª Jim. Antes cien rayos. Númen poderoso,
Supremo ser que escuchas mi penar.
Tu brazo victorioso
del hondo abismo me haga lavantar.

Aznar. Quedad adios, señora.

D.ª Jim. No, mi bien. Deteneos, yo os lo ruego
por el primer dolor que me causásteis.
Con vuestro enojo ciego,
cruel, cual me ultrajásteis.
He invocado al Eterno, mi promesa
mentida no será. Si la esperanza
de poseerme un dia
lograse contener vuestra venganza,
no temo ser impía,
vibre su rayo, el protector del justo
muera por daros gusto.

Aznar Mi Jimena.

D.ª Jim. Mi Aznar, se arde la frente.

Aznar. Vuestra mano está helada.
Ah, que se estreche con la mia ardiente.

Mi bien... Trémula estais. Y vuestro seno
comprimido se agita.
Apoyaos, señora; trono hermoso,
es al sublime amor, pecho amoroso. (*Suenan pasos.*)

D.ª Jim. Ois: En las desiertas galerías,
sordo marchar resuena.
Respetareis sus dias... (*Un momento de pausa*) (*Con tristeza.*)
Pensad en nuestro amor.

Aznar. Á Dios Jimena. (*Se van*)

ESCENA V.

DON SANCHO, Y CABALLEROS ARMADOS.

Estas las lanzas son y las espadas,
que en sangre de opresores mas injustos,
tiñeron vuestras manos en venganza
de torpe ultraje, ó criminal insulto.
Cada una de ellas presenció cien glorias,
y blandidas por brazos tan robustos,
hoy dia de la causa de los buenos
han de fijar el éxito seguro.
Al contemplar que de caudillo os mando
aun siente el alma renacer su orgullo.
Tengo perdido el juvenil esfuerzo
de la fogosa edad. Mis años muchos
pesan con mano fria sobre Sancho,
y alivio en vano á mis fatigas busco.
Mas lo que pierdo en ardoroso y firme,
lo recompensa un tanto, lo sesudo
de mi larga esperiencia en las batallas:
y aun con rigor de mis alientos juzgo,
que una caña la lanza me parece.
Y apenas siente el pecho el bronce duro.
El plazo es ya llegado... Aquí se acercan
los nobles herederos de don Nuño.

ESCENA VI.

DON GONZALO. DOÑA JIMENA. AZNAR SANCHEZ, Y SÉQUITO DE GUERREROS Y PAJES. *Uno de ellos traerá una bandera y en ella bordadas las armas de Valtierra.*

D. Gonz. Á vosotros confío la defensa
de mi estandarte esclarecido y puro.
D. San. Señor, si nuestras vidas consiguieran
el aumentar su resplandor, no dudo
que toda nuestra sangre, noblemente
derramada se viese con orgullo.
Soy mártir del honor, su voz me llama,
y otra mas imperiosa nunca escucho.
D. Gonz. Noble amigo, las sinceras palabras
de vuestro pecho su sentir profundo
manifiestan fielmente. Vuestra sangre
ya os abona, que es sangre de Bermudos.
Jimena, sí. de vuestras propias manos
en premio á sus fatigas, será justo
la bandera reciban victoriosa.
Complaceros asi tambien presumo.
D.ª Jim. Don Gonzalo, aunque miro con espanto
la roja enseña de esterminio y luto,
la confío á tan nobles Caballeros... (*Le dan el pendoncillo y se le cae.*)
Apenas débil la sostiene el puño,
en la tierra tocó. Cielos piadosos
será de muerte lamentable augurio.
D. Gonz. Jimena que os tardais.
D.ª Jim. Siempre temores.
Aznar. (*Aparte.*) Señora.
D.ª Jim. (*Aparte.*) Tambien él... porque me turbo.
Tomad, don Sancho, de las manos mias...
la antigua enseña del ilustre Nuño:
tomad y en vuestros hombros poderosos
á los vientos tremole con orgullo;
en su defensa el Hacedor Supremo

benigno os ceda su celeste influjo... (*Suena un clarin.*)

D. San. (*Se arrodilla y la toma.*)
Ó nueva palma se unirá á sus lauros,
ó sucumbir en la demanda os juro.

D. Gonz. Cual retumban los pasos. Negras armas
ostenta un mensajero.

D.ª Jim. Triste anuncio
el corazon prevée.

D. Gonz. ¡Y encubierto! (*A Aznar.*)
Que osadía, no visteis... ni un saludo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y DON GARCÍA, *con paso tardo, mirando á todos con desden. Viene cubierto de polvo, trae un pliego en la mano, y la visera calada.*

D. Gonz. (*Al ver que se acerca á D.ª Jimena.*)
Caballero, el Señor de este castillo
soy yo.

D. Gar. (*Mirando á Aznar, aparte.*)
No me engañé. Con que insolencia.
Ni aun disfrazado está.

D. Gonz. Segun presumo,
no me oísteis. Yo soy el Castellano.

D. Gar. Y bien.

D.ª Jim. (*Aparte.*) La sangre salpicó su escudo.

D. Gonz. Hay nuevas del Ejército.

Aznar. (*Aparte, á Jimena.*) Jimena,
su aire es el mismo y su feroz insulto.

D. Gonz. Caballero ó Soldado, que villano
segun la osada condicion os juzgo,
ignorais el respeto que se debe
al ilustre Gonzalo.

D. Gar. Cierto es mucho.

D. Gonz. La lengua infame, acaso ya os cortára,
si no creyese que el acero injurio,

en un desconocido y encubierto
que el que se emboza el rostro no es ninguno.

D. Gar. Alguien soy, y tan bueno por mí solo
que os honro con mi vista.

D. Gonz. Y yo lo sufro.

Aznar. Aventurero.

D. Gar. Es él. No me engañaba. (*Aparte.*)

D. Gonz. (*Con imperio.*)
¿Os descubris?

D. Gar. No en mi semblante fundo
mi nobleza. La espada ha de probarla;
ella puede brillar si yo me encubro.

D. Gonz. Escusemos razones. Mensajero,
desprecio aqui vuestro ademan sañudo.
Mas ese pergamino en vuestras manos
es para mí.

D. Gar. (*Sin responderle.*)
Doña Jimena busco (*Acercándose á donde ella está.*)
¿sois vos, Señora?

D.ª Jim. Me conmueve el verle.

D. Gonz. Insolente Soldado. Yo os pregunto
y desdeñais respuesta al Caballero
que aqui os recibe.

D. Gar. Partiré en el punto
si es que gustais.

Aznar. Agradeced, Soldado,
que es un sagrado dentro de estos muros,
que si no con mi espada...

D. Gar. Sois aun jóven.

D.ª Jim. (*Interponiéndose asustada.*)
Suspended las querellas, os conjuro
hermano, amigo.

D. Gar. ¿Amigo?

D.ª Jim. Dispensadle,

D. Gar. (*Con ironía, y aparte.*)
Me tiene compasion.

D.ª Jim. Yo le disculpo,

D. Gar. (*Fingiendo arrodillarse.*)
Señora, agradecido.

D.ª Jim. Mensajero,
vuestro encargo cumplid.

D. Gar. En propio puño
con esta carta á vos me dirigieron.
Siempre en campañas, conservé lo adusto
de la guerrera vida. Perdonadme
si con mi indiscrecion, vuestra paz turbo;
mas prometí que á vos la entregaria (*La da el billete.*)
y siempre fiel, lo que prometo, cumplo.

D. Gonz. (*Á Aznar, aparte.*)
La sangre hierve en mi exaltado pecho;
de ser cortés he de enseñarle el uso.

D. Gar. (*Á don Gonzalo, aparte.*)
No es tarde todavía.

D.ª Jim. El sello es negro.
¡Ah! cual me hiere su metal agudo. (*Lee con sobresalto y terror y esclama dejando caer la carta.*)

D.ª Jim. (*Ap.*) Mi maldicion, mi horrible juramento.
(*Volviéndose á todos.*)
D. García, señores, es difunto.

Aznar. (*Aparte.*)
No era él, ya respiro.

D. Gonz. ¿Es mal ó es dicha?

D. Gar. (*Sacando un puñal. Ap.*)
Alcance á todos mi puñal oculto.
(*Don Gonzalo y D.ª Jimena parten por un lado; Aznar queda pensativo, Don García marcha acelerado entre los guerreros de D. Sancho.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cuadra baja del castillo, figurando su portería ó cuerpo de guardia. Al frente un porton de hierro. Un farol sombrío ilumina el interior que es de piedra. Al rededor de un hogar se ven algunos guerreros descansando. Otro con su alabarda paseará en la puerta.

ESCENA PRIMERA.

AZNAR, *despues* RUI-VLASCO.

Y he de partir; ay triste; y ni una noche
bajo estos techos, que de amor un dia
las pláticas oyeron deliciosas,
he de admirar su imágen peregrina.

Bernar. (*Canta desde dentro.*)
Mal parado, fué Almanzor,
de Gomaz en la batalla,
dó el conde Fernan Gonzalez,
triunfó de sus fuertes armas.

Aznar. De guardia, alegre, las pesadas horas
cantando pasa el velador vijía,
ni mas espera que el feliz descanso,
ni siente mas que la cruel ventisca
ó la lluvia que cae y le humedece.
Quién su estado de paz no envidiaria!
Si al menos la esperanza. No la tengo.
Que al tornar á los campos de Castilla,
ir á la muerte el corazon me anuncia.
Primero es el honor, despues la vida.

ESCENA II.

EL MISMO *y* RUI-VLASCO.

Vlasco. Aun no partísteis.
Aznar. Rui-Vlasco,
hay tan preciosos recuerdos
que tienen absorta el alma,
y embargan los pensamientos,
y este castillo, á mi mente
como un fantástico sueño
de delicias los presenta.
Vlasco. Nunca entonces, según creo,
partiréis; que no presumo
olvideis tales ensueños.
Aznar. Ni pudiera conseguirlo
que se grabaron con fuego.
Como la flor solitaria
se abrasa al soplo del cierzo,
y aunque su verdor marchito
conserva sus tallos secos,
asi ya mi losanía
los pesares consumieron,
y el tronco estéril, sin vida,
aun sufre los varios vientos.
Vlasco. Estais triste en demasía:
en vuestra marcha pensemos.
Pronto un alazan teneis,
y á Fañez por escudero.
Aznar. Vlasco, solo he de partir,
solo con mis pensamientos.
Vlasco. De ningun modo. Yo mismo
pensaba en iros sirviendo,
mas como llegué há un instante,
de despedir los guerreros
de don Sancho mi padrino,
no ha consentido mi dueño
don Gonzalo, que tornase
á fatigarme de nuevo.

Aznar. Ni yo lo permitiria.
Vlasco. Fañez es hombre dispuesto
para un lance, y muy leal.
Aznar. No lleve ningun recuerdo
de que la he visto, iré solo.
Vlasco. Hasta el bosque del convento
de Capuchinos, pudiérais
llevar compañía al menos.
Es un sitio peligroso
y siempre hay aventureros.
Aznar. Vlasco con mis armas voy,
y con ellas nada temo.
Vlasco. ¿De no partir con las tropas
no sé por qué fué el empeño?
Aznar. Ya diez horas se pasaron
en que me hallára muy lejos
de estos muros, que por dicha
en contemplar me recreo.
Vlasco. Para dejarlos de ver
de todos modos.
Aznar. Es cierto.
Mas un favor al partir,
os pido, Vlasco, el postrero.
Ver á su hermano.
Vlasco. ¡Señor!
Ya sabeis que el triste lecho
no abandona de Jimena.
Aznar. Sin abrazarle no acierto
á separarme.
Vlasco. Si acaso
siguiese rendida al sueño...
iré á verlo. Mas él llega,
un feliz viaje os deseo.
Aznar. Gracias, amigo, mil gracias.
Por fin, Gonzalo, os estrecho.

ESCENA III.

EL MISMO *y* DON GONZALO, *sin armas y casco.*

D. Gonz. No me engañé, presumia
que nunca partir pudiérais,
si de mí no os despidiérais,
y equivocarme sentia.
Mas que yo á vos os buscára
eso no lo presumí.

Aznar. Ser importuno creí
si al amigo molestára,
cuando por deber tan justo
ocupado le creia.

D. Gonz. No por culparos, decia
lo que oistes, por disgusto
solamente de no veros.
Que si hemos juntos vivido,
para estar yo complacido
quiero á mi lado teneros.
Mas siento que retardeis
partida que es tan forzosa.

Aznar. Y tan triste y dolorosa.

D. Gonz. En cuanto al campo torneis,
volverá el ardor guerrero
á inflamar vuestro valor;
que á todo suple el honor
en quien nació caballero.

Aznar. ¿Juzgais la pueda olvidar?

D. Gonz. No hablemos mas de Jimena.
Y pues la sensible pena
no es posible remediar,
apresuremos el plazo
de llorarla, solo espero
de vuestra amistad, primero
me deis el sincero abrazo.

Aznar. ¿Será el último?

D. Gonz. ¡Qué idea!

No lo pienso por mi vida.
Aznar. Yo tiemblo que mi partida
eterna, Gonzalo, sea.
D. Gonz. ¿No hay esperanza ninguna
de ser feliz?
Aznar. ¡Tan lejana!
D. Gonz. ¿No puede cambiar mi hermana
vuestra enemiga fortuna?
¿No os puede ya interesar?
Aznar. Es lo único en la tierra.
D. Gonz. Partid, partid á la guerra
y dejad al tiempo, Aznar,
que vuelva por vos.
Aznar. ¿La ausencia
será muy larga?
D. Gonz. Que importa!
Aznar. Para una vida tan corta
tener tan grande paciencia.
Y si el suspirado bien
al menos se consiguiera,
no tan infeliz yo fuera,
¿mas quien lo asegura, quien?
No basta tener amor,
ni esperanza tener, basta,
que no libertan del asta
de enemigo matador.
Su acero lo mismo hiere;
á todos la muerte llega.
D. Gonz. Aznar, el delirio os ciega,
quien espera nunca muere.
Aznar. ¿Y vos la recordareis
el nombre mio?
D. Gonz. Es mejor
que sea vuestro valor,
y las hazañas que hareis.
Cuando cuenten los soldados,
el que mas sobresalió,
el que la prez consiguió
entre los mas esforzados,
quiera la hermosa Jimena

el paladin admirar,
y su nombre al preguntar
oiga que el vuestro resuena.
Duradera la memoria
será asi de vuestro amor:
fiaos en el valor,
y en los sucesos de gloria.

Aznar. Ó Gonzalo generoso,
tan bien supísteis decillo;
que solo por conseguillo,
me siento ya deseoso.
Rayo mi espada será
contra el audaz enemigo,
pues en su muerte, consigo
que mi amor recordará.
Voy á partir.

D. Gonz. El momento
de entusiasmo aprovechad;
asi no será en verdad
tan profundo el sentimiento.

Aznar. Abrazadme.

D. Gonz. Con placer
al corazon os estrecho.

Aznar. Mi sacrificio está hecho:
solo falta merecer
mi valor su blanca mano.
Es mi vida, mi esperanza.

D. Gonz. No perdais la confianza.

Aznar. Puedo llamaros hermano,
mi Jimena consolad.

D. Gonz. Consolaos tambien vos.

Aznar. Otro abrazo, á Dios.

D. Gonz. Á Dios.

Aznar. Velad por ella, velad. (*El centinela ha bajado el puente levadizo y rastrillo que se verá un poco. Aznar desaparece. Don Gonzalo le acompaña hasta fuera del porton, desde donde dirá estos versos con la pausa necesaria; cuando estos lo indiquen se oirá la marcha de un caballo.*)

D. Gonz. Cuán airoso que ha montado
sobre su corcél ligero:
mirando se halla al terrero
do reposa el bien amado.
Y ahora con interes
con su page hablando está
y este se inclina... y se vá... (*Asi como dudoso.*)
Si me escuchase... Garcés.
Nada... y solo le dejó,
de su imprudencia no dudo...
con la lansa su saludo,
me envia Aznar... Ya partió. (*Aquí el porton se volverá á cerrar despues de un momento, y D. Gonzalo parecerá escuchar el ruido del corcel.*)
Tráigale el cielo con bien
para hacer nuestra alegría.
Infeliz hermana mia!
perdiste el mejor sosten... (*Se va.*)

ESCENA IV.

RUI-VLASCO, *despertando á los Guerreros, que solo deben oir el último verso del centinela que vuelve á cantar despues que se fué don Gonzalo y mientras dan las siete en el reloj del alcázar.*

(*Se oye lejos la voz de Bernardo.*)
Y diz que el moro Almanzor
cantando se consolaba,
no me venció el de Castilla,
sino el noble Sancho Abarca.

Vlasco. Ola, Jimen, tú Ramirez;
¿ no oísteis ? En el alcázar
han sonado ya las siete.

Ramirez. Que pronto son.

Jimen. Yo empezaba
ahora á dormir; que no pude
en toda la noche aciaga.

pegar los ojos.

Ramirez. ¿Por qué?

Jimen. Porque en estando de guardia
Bernardo, es cosa imposible.
Con esa voz de chicharra
agorera, á cada instante
con sus moros y batallas
á todos locos nos vuelve.

Vlasco. Vamos, que nuestra tardanza
en remudarle, no dudo
que ya nos culpe.

Jimen. Mal hayan
sus cantinelas.

Vlasco. ¿Estais
ya todos? cojed las armas. (*Se forman relevando al centinela del porton y al de la derecha. En la puerta queda Jimen de guardia. Vlasco se va con los demas soldados.*)

ESCENA V.

JIMEN, *despues* VLASCO, *los* GUERREROS *y entre ellos* BERNARDO.

Jimen. Del mal el menos; mejor
es velar en esta cuadra,
que no á cielo despejado
sobre la antigua muralla.
Esta noche me parece
que pesa mas la alabarda:
ya se vé, sin descansar
por ese Bernardo. Calla,
que ya se aproximan pienso
segun recrujen las armas. (*Salen.*)
Ahora les toca su vez.

Bernar. Buenas noches, camarada.

Jimen. Muy buenas, señor Bernardo.

Vlasco. Ea, muchachos, sin tasa
echad leña en el hogar

y aunque medio bosque se arda,
que don Gonzalo el Señor
del castillo, no repara
en cuidar bien sus valientes.

Bernar. Así es bien cierto, nos trata
como á hijos suyos. Tambien
es verdad, que vida y alma
daríamos por servirle.

Vlasco. Aun no sube bien la llama.

Bernar. Dejadlo á mi cuenta Vlasco,
que aunque fuese una montaña,
consumiría esta noche.
Habrá tormenta.

Jimen. Hombre, calla:
pues mas hubiera valido
que te helase la garganta
y aun la lengua para siempre.

Bernar. Para siempre, muchas gracias.
Algo habemos de contar
que la noche será larga,
y el sueño no nos molesta.
¿Sabes alguna velada
misteriosa, Jimen, tú,
ó antigua historia encantada
de muertes, en donde hubiera
brujas, espectro ó fantasma,
ó alguna triste doncella,
que su paladin la ampara?

Jimen. ¿Algo en fin de desafíos?
si ya sé lo que te agrada.
Mas, Bernardo, no conoces
que es tu figura muy rara
para caballero andante.

Bernar. En cambio tengo una espada
muy conocida.

Vlasco. Es verdad:
yo aunque de pajes y damas
no sé historias romancescas,
ni entiendo en la ciencia gaya;
¿puede agradaros saber

la comitiva gallarda,
que en obsequio del de Ordoñez
su cadáver acompaña?

Varios soldados. Sí, sí.

Bernar. Cuidado, Rui-Vlasco,
que no hay con los muertos chanzas.

D.ª Jim. Contadnos lo que hayais visto.

Vlasco. Corto trecho acompañaba
como sabeis á las tropas
de Sancho mi maestro de armas,
y padrino, pesaroso
de que de mí se apartára,
cuando al torcer el camino
que del Ebro se separa,
siguiendo su veguería
vimos un grupo de lanzas
que heridas del sol hermoso
confusamente brillaban.
Venian seis caballeros
vestidos de negras galas
al frente de otros ginetes,
que en muy detenida marcha,
y en dos hileras formados,
el noble cuerpo escoltaban
de don García el de Ordoñez,
que en ricas mortuorias andas
de negro paño cubiertas
y con bordados de plata,
con pabonados arneses
conducian dos alfanas,
cerrando el fúnebre paso
gran número de sus guardias.

Bernar. Que magestuoso estaria.

Jimen. Decidme ¿abrieron la caja?
¿conocísteis su cadáver?

Bernar. Al diablo que lo mirára.

Vlasco. Yo lo miré, y aseguro
le conocí, no en su cara,
pues dos profundas heridas
en estremo mutilada

me la hicieron parecer;
mas su jigantesca talla,
sus fuertes miembros fornidos,
aun en muerte su arrogancia
y ceño adusto era el mismo.
Y vi ademas que llevaba
el acero damasquino,
la bronceada coraza,
y en su pecho vi tambien
la insigne órden de la Jarra.
Trae, ademas del anillo
que su esposa le entregára
otro mucho mas precioso.
Dijeron que el de Navarra
en prueba del sentimiento
de perder tan digna espada
en Ordoñez, se lo envia
á su viuda desgraciada.

Bernar. ¿Cómo murió?

Vlasco. No se sabe:
presumen fué á mano airada,
por ser de puñal la herida
y al empezar la batalla.

Jimen. ¿El cadáver vendrá aqui
para enterrarse?

Vlasco. Y ya tardan,
pardiez, que á una milla y corta
los dejé en Santa Esperanza.

Bernar. Por San Íñigo... sonaron
la vocina.

Jimen. ¿Y qué te espantas?
(*Bajan el rastrillo, Bernardo mira por una claraboya.*)

Bernar. Es un guerrero.

D. Gar. (*Desde fuera.*) ¿No abris?

Vlasco. Algun corredor llegára.

ESCENA VI.

LOS MISMOS *y* DON GARCÍA *cubierto con un tabardo. Entra sin ceremonía y se coloca en el puesto que ocupaba* BERNARDO.

Bernar. Llegueis, Soldado, en buen hora.
Vlasco. No hay duda el de esta mañana.
Bernar. Venís de tierra lejana.
D. Gar. (*Quitándose las manoplas y sin hacer caso de sus palabras.*)
¡Ó lumbre consoladora!
¡Cuánta leña! por mi fé
que me place.
Jimen. (*Á Vlasco. Ap.*) En cuanto oyó
que Aznar partia, partió,
antes él, y lo estrañé
que su aspecto es sospechoso.
D. Gar. (*Aparte.*)
Hablan de mí, no me importa.
Bernar. Con que la jornada es corta. (*Sentándose á su lado.*)
D. Gar. (*Aparte sin responderle.*)
El soldado es bien curioso.
Bernar. (*Con impaciencia.*)
¿Vive Dios?
Vlasco. (*Hablando á Jimen aparte.*)
Le observarémos.
D. Gar. (*Mirando á Vlasco.*)
Si este jóven le avisára.
Bernar. Si distraido tratará
de burlarse... Lo veremos,
que el dudarlo... ¿Respondeis?
D. Gar. ¿Qué? ¿Me preguntábais vos?
Bernar. Esto es bueno. ¡Voto á brios!
D. Gar. Sobre todo no jureis.
Bernar. ¿Os puede escandalizar?
D. Gar. Cansarme puedo, Soldado,

de otros.

Bernar. ¡Yo estoy cansado!

Vlasco. Las querellas acabad:
paz Bernardo.

Bernan. Enhorabuena,
que no miden sus espadas
tan pronto dos camaradas.

D. Gar. No lo soy vuestro.

Bernar. Ni pena
tengo en que no lo seais.

Vlasco. Haya paz.

Bernar. Pues no advertís
que altanero.

D. Gar. Bien decís

Vlasco. (*Á Bernardo, ap.*)
Callando le despreciais.

Bernar. Veis, nos mira con desden...
pues si se enfada Bernardo.

D. Gar. Bernardo... nombre gallardo.

Bernar. Los hechos lo son tambien;
y si no fuera pensando
que descansa mi Señor.

D. Gar. ¡Brava leña! á su calor
los miembros se van templando.

Bernar. (*Á Jimen.*)
¿Está loco?

Jimen. Sí estará.

D. Gar. (*Á Vlasco que se pasea.*)
Vos caballero... Escucharme
podríais solo.

Vlasco. Si hablarme
teneis, os escucho ya.

D. Gar. (*Se levanta y habla en voz baja.*)
Oid aparte. Al momento
quiero ver vuestro Señor
que es asunto de su honor.

Vlasco. El no complaceros siento.

D. Gar. Es forzoso que empeñó
su palabra vuestro dueño,
y es caballero su empeño.

Vlasco. Quisiera decir que no;
mas si tan serio creeis... (*Observándole.*)
veré si es caso advertille
quien le busca... he de decille...

D. Gar. Un hidalgo le direis (*Vlasco se vá.*)
¿quien impune me ofendió?
¿quien no teme mi venganza?
¡ó deliciosa esperanza!
uno acaso ya murió.
¿Vos, Gonzalo, vivireis
mucho tiempo? ¿y vos Jimena?
¡Infelices!... Jente suena
Pronto, ó hierro, brillareis. (*Envainando la daga.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS *y* DON GONZALO *conversando con* VLASCO *al paño.*

D. Gonz. ¿Y qué me quiere?

Vlasco. No sé;
habló de un empeño honrado;
y de un preciso recado,
mas su nombre pregunté,
y "él hidalgo" se llamó
con tono muy altanero.

D. Gonz. ¿Dices ser el mensajero?

Vlasco. El mismo me pareció.
Alli está.

D. Gonz. Tiene por cierto
el aire de muy osado,
¿le viste el rostro?

Vlasco. Escusado,
le tuvo siempre encubierto.

D. Gonz. El hidalgo. (*Don Gonzalo se adelanta á don García; Vlasco y los soldados se agrupan junto á la fogata.*)

D. Gar. Soilo á fé,

y calzado caballero,
tan bueno como el primero.

D. Gonz. No presumo os injurié
con llamaros el hidalgo,
que así gustais os llamára.

D. Gar. Ni yo demas contestára
con deciros lo que valgo
y que mi cuna sepais.

D. Gonz. ¿Y vuestro nombre?

D. Gar. Ninguno.
Estais, Señor, importuno.
El hidalgo si gustais
podeis llamarme.

D. Gonz. Lo haré.

D. Gar. No era tarde todavía.
Recordareis os decia
ha poco... no os engañé.

D. Gonz. ¿Dudais de mi sangre?

D. Gar. No.

D. Gonz. ¿Me teneis por caballero?

D. Gar. Pardiez que sí.

D. Gonz. Pues espero
creais lo que diga yo.
Ya mi palabra empeñada
á mi hermana le dejé,
como bueno cumpliré.
No puedo medir mi espada
ni de contiendas tratar
en nueve dias con hoy.
Despues don Gonzalo soy
y no me haré yo aguardar.

D. Gar. Tal tardanza. Mucho siento
dar treguas á mi rencor.

D. Gonz. De humillaros no es menor
en mi pecho el sentimiento.
Y para no diferir
vuestra venganza y la mia
al dar el noveno dia
las doce, podeis venir
y hablaremos, caballero,

*

sobre el duelo.

D. Gar. ¿En qué lugar?
Que solos hemos de estar,

D. Gonz. Fácil será en el armero;
ved su llave. (*Se la da, y don García la toma como incierto.*)

D. Gar. ¿En el castillo?
¿cómo penetrar en él?

D. Gonz. Teneis razon, un guiel
aquí no llevo... este anillo
bastará reconocer.
¿Qué dudais?... pronto, tomad... (*Le da la sortija.*)
¿Estais servido?

D. Gar. En verdad
os tengo que agradecer.

D. Gonz. No abusareis.

D. Gar. Os lo juro.

D. Gonz. Á Dios el hidalgo.

D. Gar. Á Dios.
¿Y yo contaré con vos?

D. Gonz. Mi palabra os dá seguro. (*Vdse don García.*)
Jimena, descansa en paz,
lo prometido cumplí,
aun respiro para tí
desconsolada beldad.
Porque tu amor no exijió
que nunca me batiria.
Sin duda lo ofreceria
y estuviera libre yo,
y me pudiera escusar
de este duelo. No me aterra,
mas sola estás en la tierra,
si yo te llego á faltar.
Como Aznar os cumpliré
lo que al partir me encargásteis,
que rumor... llanto... escuchásteis. (*Volviéndose á los guerreros que se quedan sorprendidos al ver aparecer á doña Jimena.*)

Es Jimena.

Jimena. Le encontré.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS *y* DOÑA JIMENA, *con vestido de noche.*

D.ª Jim. Hermano... querido hermano,
él me persigue... ¡ Ay de mí !
¿ Sereis mi defensa ?

D. Gonz. Sí.

D.ª Jim. Apartadme del tirano.

D. Gonz. Jimena, conmigo estais
y entre mis fuertes soldados.

D.ª Jim. (*Volviendo en sí y mirando.*)
Es verdad... Sí... ¿ Muy turbados
mis sentidos encontrais ?

D. Gonz. Mucho.

D.ª Jim. ¡ Ay ! cuánto padecia
con el sueño.

D. Gonz. ¿ Sueño fué ?
nunca os turbára pensé,
que por discreta os tenia.

D.ª Jim. Estoy temblando.

D. Gonz. Á mi lado
descuidad. Es necio empeño
el de aterraros un sueño.

D.ª Jim. Fué tan triste ! Horrorizado
aun late el pecho. Mi Aznar
ahogado en sangre espiraba.
(Perjura!, una voz clamaba,
(y aun la siento resonar.)
Y teneis la culpa vos,
quien os manda abandonarme.)

D. Gonz. Vais, Jimena, á perdonarme.

D.ª Jim. Con placer... lo sabe Dios.
¿ No olvidareis la promesa
de asistirme, nunca mas ?

D. Gonz. Os lo prometo... jamas,
pues en ello se interesa
vuestras penas que son mias.
Desde ahora os velaré
y vuestro guardia seré. (*Mirándola muy triste.*)
al menos por nueve dias.

D.ª Jim. ¡Oh! Qué triste lo decis!

D. Gonz. Pienso en vuestro desvarío.

D.ª Jim. Es fúnebre... como mio. (*Suena ruido de armas y pasos.*)
Pero hermano, no advertis?

Jimen. (*Mirando por la claraboya.*)
En los hombros sosteniendo
un mancebo desmayado
conducen con gran cuidado
dos labradores.

D. Gonz. Conriendo
abrid las puertas, Jimen. (*Se abre el porton. Jimen se adelanta hácia el puente. Dos aldeanos traen en brazos á Aznar Sanchez, moribundo y cubierto de sangre sin casco. Los guerreros que se agolpan impiden que lo vea doña Jimena.*)

Jimen. Es un guerrero, Señor.

Bernar. Y sus armas de valor.

Vlasco. (*Al verle.*)
¡Infeliz!

D.ª Jim. ¿Se sabe quién?

D. Gonz. (*Reconociéndole.*)
Pronto cuanto necesita.
¡Qué dolor! Vlasco, cuidad. (*Aparte.*)

D.ª Jim. (*Al ver inmutarse á su hermano.*)
¡Cielos!

Bernar. (*Al reconocerle no se contiene.*)
Es Aznar.

D. Gonz. Callad.

D.ª Jim. ¡Estrella mia maldita! (*Corre frenética separando á los guerreros. Don Gonzalo*

la detiene impidiendo sus esfuerzos. Vlasco, los aldeanos y algunos soldados conducen al herido; los otros rodean á don Gonzalo. El porton se ha cerrado ya.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon antiguo. Es el armero del castillo. Banderolas, lanzas y toda clase de armas adornan sus paredes góticas. Un pedestal de bronce á la izquierda y en una lanza colgada toda la armadura y casco, que se supone ser de don García. Alumbrarán seis lámparas de hierro. Delante del pedestal arrodillada doña Jimena con tocas negras. Coros de pajes y doncellas con laudes.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JIMENA. COROS.

CORO DE DONCELLAS.

Cantemos las Hazañas
del Paladin glorioso,
su nombre victorioso
por siempre vivirá. (*Seguirán sin interrupcion los preludios de la Música aunque mas débiles.*)

D.ª Jim. Olvidad, Santo Dios, mi juramento.
Perdonadme, García, perdonadme.
Sirva de espiacion á mis amores,
mi afanoso penar. (*La interrumpe una voz*)

VOZ.

Infiel, debeis temblar. (*Doña Jimena se levanta asombrada. Todo ha vuelto al mayor silencio; la turbucion está pintada en el rostro de las Doncellas que permanecen mas retiradas. Doña Jimena si-*

gue como distraida, y vuelve á continuar el coro de Pajes.)

Verted el tierno lloro,
ó cándidas doncellas,
el llanto de las bellas
tributo es al valor.

D.ª Jim. Vuestra imágen me aterra desde el cielo.
Se niega el alma, al funeral dolor.

LA VOZ. *(Siguen los preludios en cuanto pueda recitar estos dos versos: en seguida desaparecen las damas y pajes.)*
Tus dias de esperanza
pasaron ya, cual se agostó la flor. *(Doña Jimena, seguida como anonadada.)*

D.ª Jim. Fantasma me persigue... ¡oh Dios! su acento,
su venganza... su sombra aterradora
me amenazaba... él grita... Maldecida
Piedad... Duelos...
Augusta calma... Sepulcral silencio
de allí..., de allí... su voz... ¡Ay! su cadáver;
mas no... es su escudo... Y mi esperanza huyóse
cual se agostó la flor.

ESCENA II.

DOÑA JIMENA, Y DON GONZALO *(Doña Jimena se acoje en los brazos del guerrero.)*

D. Gonz. Jimena, como temblais,
vuestra mano está abrasando.
Melancólica sonrisa
fingen los trémulos labios,
y á mi pecho os comprimís
con terror involuntario.

D.ª Jim. *(Como distraida.)*
¿No escuchais desde allí
su triste acento satánico?

D. Gonz. ¿Delirais, bella Jimena?
Todo es silencio; el infausto
ningun suceso terrible

acaba de amenazaros.

D.ª Jim. Era su voz agorera.
La suya misma, Gonzalo.
Con mis doncellas llorosas
del Ser Supremo invocando
en favor del que murió
un destello Soberano:
de hinojos ante sus armas,
de pesar vertiendo el llanto,
mis plegarias dirijía
por el esposo. Los gratos
y plañideros acentos
de mis doncellas cantando,
en dulce estasis dichoso,
mis sentidos arrobaron
probando por vez primera
pensar en él, sin espanto.
De repente entre las lanzas
un eco lúgubre airado
por dos veces, ay de mí,
me predijo fin aciago.
Era la voz de un cadáver.
Sí, de un cadáver, Gonzalo,
la que heló mi corazon,
la que aun me hiere sonando.

D. Gonz. Un cadáver ¿qué decis?
¿Y podeis ni aun sospecharlo?

D.ª Jim. No fué ilusion, lo escuché.

D. Gonz. No niego que hayan cantado;
mas no por eso, Jimena,
hay razon á vuestro espanto.
Y aun á deciros verdad
con Azmar por el terrazo
pasaba y nada advertimos.
Gozais en atormentaros,
pues él tambien con agüeros.

D.ª Jim. ¿Y qué os referia, hermano?

D. Gonz. Siniestros presentimientos.
Yo mas feliz desenlazo
vuestros temores, y aun creo

que algun vuestro apasionado
si hechizos tantos suspira
y nunca espera alcanzarlos,
quiso con voz sepulcral
conseguir que el pecho incauto
se intimide y que á ninguno
concedais la blanca mano.

D.ª Jim. Nadie pensará en Jimena.

D. Gonz. En eso estriba el engaño,
y os quiero manifestar
que mis recelos fundados
y justos son.

D.ª Jim. ¿Qué decis?

D. Gonz. Que perdais el sobresalto.
Los cielos, hermana mia,
tantas gracias prodigaron
al formaros, que los hombres
os creyeron su traslado.
De la muerte del de Ordoñez
nueve dias no han pasado,
y ya vuestro amor anhelan
muchos ilustres hidalgos....
Dos entre ellos conocidos
por apuestos y galanos
de los mejores del Reino,
que de los lutos el plazo
se cumpla, tan solo esperan
para ofreceros su mano.
Es el uno Don Rui-Pero,
Señor de inmensos vasallos,
que luengos Castillos cuenta
y tambien luengos Estados.
Caballero Aragonés,
aunque al servicio Navarro,
es el otro Don Rodrigo
del de Nájera privado.
En este mismo Castillo
otros guerreros bizarros
os aman aunque en secreto.
Juzgad, pues si será estraño

que advirtiendo en vuestros ojos
el fuego de amor tirano
que por Aznar los abrasa,
os hayan así asustado.

D.ª Jim. Pesadas sus burlas son
si amantes fueron acaso.
¿Y cómo en mi nombre á todos
no escusásteis el trabajo,
de suspirar y jemir
por quien nunca puede amarlos?

D. Gonz. Eso es solo para vos;
¿mas no habeis adivinado
que algo tengo que pediros?

D.ª Jim. ¿Otro enfadoso?

D. Gonz. Si es caso
que Aznar Sanchez

D.ª Jim. ¿Será de él?

D. Gonz. De él mismo

D.ª Jim. Señor ¡ ¿de cuándo
teme Aznar Sanchez mis ojos?

D. Gonz. Desde que puede admirarlos
sin mancillar su virtud.

D.ª Jim. Él no ignora lo que le amo.
Injusto debe de ser
lo que pretende, Gonzalo.

D. Gonz. Tal no lo pienso, ni Aznar
osára solicitarlo
sabiendo cuan recta sois.
La noche que al castellano
confin, se partió mi amigo,
el convento costeando
de Capuchinos, sabeis
que de dos enmascarados
pecheros, segun su infámia,
segun su valor, hidalgos,
á traicion fué acometido,
y hendido su fuerte casco
de un formidable fendiente,
aunque no penetró el tajo
le hizo caer sin sentidos,

en cuyo temible estado,
dos dias permaneció
siendo forzoso el retardo
de partirse cual queria,
á la corte de Fernando.
Ya segun los corredores
de nuestro amigo don Sancho,
avanza por Montes de Oca
causando funesto estrago,
el de Nájera, hácia Burgos
se darán vista los campos,
no distante cuatro leguas
y de Atapuerca en los llanos.
Sin duda la lid se trabe
y aunque se esperan tratados
que las querellas compongan
entre los reyes hermanos,
fácil será se desoigan,
por el carácter bizarro
de don García. Esto es causa
de que esté desesperado
ya mi amigo, y aunque débil
para sostener el casco,
ansía partir, Jimena,
y se obstina en efectuarlo
al lucir la nueva aurora.

D.ª Jim. ¿Y qué mi permiso acaso?

D. Gonz. No, mas es tan agorero
como vos.

D.ª Jim. ¡Es desgraciado!

D. Gonz. Y del suceso del bosque
infiere, que si sus lazos
amorosos no se estrechan,
nunca ya podrá estrecharlos.
La muerte impía sus dichas
le arrebatará, en el campo
creerá sus asesinos
ver en todos sus contrarios,
y su acero sostenido
por el impotente brazo,

que brazo sin esperanza!
es inútil esforzarlo,
presentará el cuello inerme
sin poder prestarse amparo.
Me ha pedido, que os rogára,
y aun si mi opinion en algo
os pudiese decidir,
no dude en aconsejaros,
premies la noble hidalguía
de tan generoso armado;
pues de otra suerte, recelo
que sea el último abrazo
el que le deis al partir. (*Se ve á Aznar acercarse.*)
Mas él de esperar cansado
aqui se acerca. Qué triste,
que vacilantes sus pasos.
En pláticas amorosas
un tercero es un tirano,
que enfrena la confianza.
Decidid, Jimena, á espacio.

ESCENA III.

DOÑA JIMENA y AZNAR *sin armas.*

D.ª Jim. Acercaos sin temor:
¿Estais conmigo enojado?
Teneis perdido el color,
y el semblante demudado
descubre vuestro dolor.

Aznar. Cierto es aguda mi pena.
Acaso como ninguno
sufrió, sufro yo Jimena:
mas juzgo ser importuno,
y el labio el dolor condena.

D.ª Jim. Tal no penseis bondadosa,
vuestro afan escucharé.

Aznar. Le escuchareis desdeñosa
que preciais mas vuestra fe,

que el dictado de piadosa.

D.ª Jim. ¿No lo soy?

Aznar. Conmigo, no.

D.ª Jim. ¿Y en lo que exigís de mí, deberia serlo yo?
¿Un voto cumplis asi?

Aznar. Sí, los que el pavor dictó.
Don Gonzalo, ya preveo
que conforme á mi deseo
os manifestó mi pena.
Falta resolvais, Jimena,
ó la muerte, ó mi himenéo.
Os conocí por mi mal.
Os adoré por destino.
Decid sentencia fatal.
Pensad, sereis mi asesino,
ó mi virgen celestial.

D.ª Jim. Calmaos, Aznar querido,
cuanto aumentais mi tormento.

Aznar. Pronunciad el sí querido.

D.ª Jim. ¿Y el terrible juramento?

Aznar. Señora, me habeis perdido.
Siempre el juramento odioso
en vuestros labios escucho.
Desde el túmulo horroroso,
mucho os atormentan, mucho,
las iras del muerto esposo.
¿Y por qué si él os reclama,
no os defendiera de mí?
Ordoñez, yo amo tu dama,
ven á quitármela aquí,
ven que mi furor te llama.
Tu espectro no me intimida:
al vagar de tu vision;
sí, mi puñal homicida,
no errará aquel corazon,
que aborreció tanto en vida.

D.ª Jim. Amigo.

Aznar. Callad, Señora,
él tambien calla.

D.ª Jim. ¡ Por Dios !

Aznar. Ya vuestro acento me implora :
Nos imploramos los dos ;
padeced pues en buena hora.
Mas no, yo solo seré
quien sucumba por amaros ;
de mi vista os libraré,
y del pesar de acordaros
lo mucho que os adoré.
Veis este agudo puñal,
mi descanso en él confio.
Mi diestra el golpe fatal
está pronta á dar con brio.
Gozaos en ser leal.

D.ª Jim. Tened, cruel. Mi dolor
á vuestras plantas lo ruega.
Teneos, ¡ ay ! por mi amor
que vuestro delirio os ciega.
Ese hierro matador
arrojad. El alma mia
se estremece al contemplallo.
Ordoñez ya lo esgrimia
tambien, cuando yo á jurallo
medrosa me resistia.

Aznar. Cesad, Jimena. No quiero
me salveis por compasion.
Lejos mirad el acero, (*Lo arroja.*)
que á mi desesperacion
os asegure que muero.
No os escite la piedad.
Este recelo me mata :
ejerced la crueldad
conmigo, muger ingrata,
mas nunca la falsedad.

D.ª Jim. Aznar, se cayó la venda
que á mis ojos lo ocultaba.
En vuestro amor me abrasaba ;
de él no hay ya quien me defienda.
Sabedlo pues... os amaba.
Nada acuerdo á vuestro lado ;

ni mi vida, ni el esposo,
ni el juramento sagrado,
ni mi futuro reposo,
solo á mi Aznar, á mi amado.
Si el hado lo ordena asi,
que uno muera de los dos,
muera yo que débil fuí,
y la justicia de Dios
tendrá compasion de mí.

Aznar. Cielos! y yo lo he escuchado.

D.ª Jim. ¿Qué os puede sobrecoger?

Aznar. Hermosa, estoy admirado
de no morir de placer,
y estoy conmigo enojado
Ella mia.

D.ª Jim. Sí, mi Aznar.
Solo os exijo por mí,
que si me he de desposar,
sea muy lejos de aquí
donde tanto hube llorar.

Aznar. Fuera ademas peligroso
lo adviertan. En Santa Cruz
hay un digno religioso;
mañana á la primer luz
nos bendecirá piadoso.

D.ª Jim. ¿Estais contento?

Aznar. Mi vida,
yo contento. ¿Y vos lo estais,
mis amores? Oh querida,
¿decidlo?

D.ª Jim. Lo adivinais.

Aznar. Ven, aurora bendecida. (*Se retiran.*)

ESCENA IV.

DON GARCÍA *sale cuidadosamente de detras de las estátuas, y les observa alejarse. Las lámparas van amortiguándose.*

D. Gar. Mañana en Santa Cruz... Que entusiasmados
les tenia su enlace venturoso.
Ya marcharon los dos, tan confiados
como el que solo conoció el reposo.
Que pronto sus sentidos conturbados
las iras olvidaron del esposo.
No me conocen porque soy anciano:
conocerán el golpe de mi mano.
Aznar no está en Castilla me dijeron,
esta nueva mi afrenta publicaba:
mis sospechas de nuevo renacieron;
y solo en mis venganzas ya soñaba.
El fin de su mision jamas supieron,
únicamente yo lo adivinaba;
con ella, sí; con ella: el mismo dia
partí, llegué, la he visto. Me vendia.
Hora que en dulces pláticas dichosas
de su ventura culpan la tardanza,
y sus antiguas paces amorosas
recuerdan con placer y confianza:
hora que ya sus almas codiciosas
anidan halagüeña la esperanza;
deponiendo el disfraz, su fiel contento
sabré ahuyentar como la nube el viento.
Mas no... Que prueben el mayor dolor:
un suplicio mas grande les deseo
que les corroa el alma con furor;
que en su sufrir encontraré un recreo;
corra insensato su funesto amor;
contraigan un sacrílego himeneo,
y de Dios al pedir la bendicion,
escucharán mi horrible maldicion.
Sus instantes serán de la amargura,

de desesperacion, de desconsuelo.
Sus recuerdos harán su desventura
y de inhumano acusarán al cielo. (*Se oyen armas.*)
Su vida... Mas recruje una armadura,
con mis proyectos me olvidé del duelo
con el hidalgo... Sí... la luz muriendo,
una victima nueva está pidiendo.

ESCENA V.

DON GONZALO, *con armadura pero sin casco ni espada.* DON GARCÍA *se esconde detras de la estátua.*

D. Gonz. Es mejor sin escolta. Nadie sepa
su misterioso enlace. Resguardadas
para tan corto trecho, nuestras vidas
están en las espadas
del valeroso Aznar y de mi amigo
Rui-Vlasco el paje que será testigo.
Mas, ay, cercana la hora
está del desafío,
y es la primera vez que con temblor
tomar venganza ansío.
Pasos siento, la sombra jigantesca
distingo de un guerrero.
En su arrogancia él es... el mensajero.

ESCENA VI.

DON GONZALO Y DON GARCÍA, *que sè adelanta con pausa.*

D. Gar. Sois muy puntual, amigo. Al puesto tarde
presumo que he llegado:
¿mucho tiempo me habrías esperado?
D. Gonz. (*Con distraccion.*)
Aunque suceda asi, la falta es mia,
y no fuérais culpado

pues á las doce nuestra cita fuera,
y el reloj del alcázar no las dierà.

D. Gar. Creo que hablar podemos;
solo estas picas y guerreras lanzas
escucharnos podrian.

D. Gonz. Y acaso ellas tambien se ofenderían
de que el noble heredero
de don Nuño, á ignorado Caballero,
satisfaccion pidiese.

D. Gar. Y aunque ignorado fuese
de vos, que no del mundo que le aclama
ilustre y valeroso,
¿de un pecho rencoroso
asi las iras fácil es borrar?
Antes arenas faltarán al mar
que olvide yo la mia.
Ya bien lo presumia,
que habias de escusaros... por temor.
Sin duda, en el calor
de fervido entusiasmo, descuidada
vuestra manopla requirió la espada.
Sin duda con madura reflexion,
conocísteis que un hierro, en débil mano,
aunque de torpe anciano,
puede tambien llegar al corazon.

D. Gonz. A irritar mi furor andais muy necio.

D. Gar. Si no hay como el desprecio.
Porque un anciano os culpe de medroso,
porque mancille vuestra estirpe toda,
su nombre glorioso,
su antigua sangre Goda,
aunque de ella su pecho esté desnudo
no han de vivir pintadas en su escudo.
Que mayor hidalguía,
y mas si el no batirse es por piedad...
Don Gonzalo... ¿Es verdad?

D. Gonz. Callad, menguado... La paciencia mia
exaltar conseguísteis
con palabras indignas, solapadas,
y teneis merecido, no el aeero

medir con el de un noble Caballero
sino que del castillo mis soldados
os echen á lanzadas.
Y escusados serían, Mensajero,
mis deseos de hablaros
sino hubiese creido (creí un sueño)
que en tan honroso empeño,
el nombre no debíais escusaros.

D. Gar. Y no le escusaré, jóven osado,
le oireis como el grito penetrante
del que pide por su alma,
escucha el infeliz ya sentenciado.
Y temblaréis delante
del mismo que ultrajásteis: y quisierais
la sangre derramada
dar toda porque el nombre no supiérais.
¿Puedo contar con la palabra augusta
de perpetuo silencio? Para siempre
lo habeis de prometer.

D. Gonz. ¿Sabré yo entonces
el nombre aborrecido?
¿Podría sin mancilla
con otro Caballero
don Gonzalo cruzar el limpio acero?

D. Gar. Por el Rey don García esclarecido
aseguro que sí.

D. Gonz. Pues que os detiene
entonces á descubrirlo. Lo prometo
por la sangre de Nuño,
por las lanzas que ultraja vuestra lengua
y que ya don Gonzalo
puede otra vez ennoblecer sin mengua.
Lo vuelvo á prometer.

D. Gar. Basta, Fortuño;
tranquilo estoy, y cumpliré mi oferta... (*Se alza la visera.*)
Ya veis el cuello erguido
y el paso y ademan de ser mancebo,
y el fuego de mis ojos encendido.

D. Gonz. Á creer no me atrevo.

D. Gar. ¿No sentis ya terror?
¿vuestra mejilla no se encuentra yerta?
¿El tremendo rencor
un contrario sangriento, un asesino
no acuerda todavía?
El que vendió á don Nuño; el que á Jimena...
D. Gonz. ¡Que horror!... sus ojos... su reir... García.
D. Gar. García, sí, el de Ordoñez, ese mismo
que inmolaros juró.
D. Gonz. Me hunda el abismo.
D. Gar. Tres castillos en campo leonado
y dos águilas negras,
ornan mi antiguo venerando escudo;
con la órden de la Jarra soy cruzado
por el mismo Monarca,
que en premio á mi valía
me cede acostamiento.
D. Gonz. ¡Hermana mia!
D. Gar. Y no solo heredados
honores cuento, que mis altos hechos
los tienen conquistados.
El memorable cerco de Tafalla;
la sangrienta batalla,
en que perdió la vida don Bermudo;
de Calahora antígua la muralla
con mi sangre teñida
y á riesgo de mi vida,
con asombro mis glorias admiraron
y de Ordoñez el nombre eternizaron.
¿Soy tanto como vòs? ¿Podeis conmigo
en lid entrar?
D. Gonz. ¡Desventurado amigo!
D. Gar. No respondeis, Gonzalo.
D. Gonz. Don Garcia,
jenio de destruccion, ánjel de muerte,
si sois digno enemigo,
de que yo os lanze hasta la tumba fria.
D. Gar. Pues de uno de los dòs la infausta suerte
aqui se ha de fijar; en este armero
donde solo los cánticos sonaron

de triunfos inmortales,
hoy ecos mas fatales
repetirán que aquellos de esperanza
ecos de destruccion y de venganza.

D. Gonz. No, García, eso no. La sangre impura
de pecho fementido,
no salpique la fúljida armadura
ni el acero bruñido
que solo en nobles se encontró teñido.
Aquesos monumentos,
que cuentan años cientos
de gloria acuerdan memorables dias.
Su sombra vaga entre las armas frias:
respeto su reposo.
Lejos de aqui, do nunca á los oidos
de la infeliz Jimena
puedan llegar los aires doloridos,
allí el campo será.

D. Gar. Sea enhorabuena.

D Gonz. Sí... cual pesado plomo
graba mi corazon ¡ay! mi promesa,
y con placer descenderé á la huesa
antes que del sacrílego himeneo
mirase arder la tea maldecida.
Mas si logro cortar cual lo preveo
tan execrable vida,
cual correré á sus brazos
á bendecir sus lazos
y el ósculo de paz, aun inocente,
con qué dulzor le grabaré en su frente.

D. Gar. La maldicion primero
á la vil raza.

D. Gonz. Voy á defendellos.
Os mataré para que vivan ellos.

D. Gar. Infeliz... En el pecho ya no es dado
contener mi rencor, y desarmado
os hallais todavía.
Pronto el casco pesado
orne las sienes. El tremendo acero
la diestra empuñe, que la sangre quiero.

D. Gonz. (*Poniéndose un casco.*)

Ó Madre del Señor, prestadme ausilio.

D. Gar. ¡Oh rábia!

D. Gonz. (*Coje una lanza y se arrodilla delante de una armadura.*)

Noble sombra de don Nuño,
vuestro hijo bendecid.

D. Gar. Vàmos, Fortuño. (*Vánse precipitados.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Bosque umbroso. Á la izquierda una antigua y ruinosa ermita, casi oculta entre espesos matorrales. Una gran peña á su entrada sirve de asiento, hay una cruz tosca sobre la puerta. Es noche muy oscura.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO *y* SUÑER *sentados en las peñas hablando con misterio, van con armas y capas. Poco á poco se aumentará la tempestad.*

Suñer. Cuantos sucesos, Ordoño,
en solo una noche infausta.
El de Fortuño, confieso
que yerta me tiene el alma.
Cinco heridas en el pecho
y todavía su daga,
roja con sangre inocente,
al corazon enclavada.
Y luego lo ví yo mismo
que al aire lo volteaba,
y del Ebro cristalino
hundió su cuerpo en las aguas.
Es horroroso, inaudito,
y tan tremenda venganza
castigo pide del cielo.
Ordoño. Suñer, cuidado como hablas.
Sabes que el de Ordoñez tiene
un espía en cada mata.
Suñer. Dices verdad, yo le temo
y solo el terror me arrastra.
Ordoño. Haces mal. Si no es tu gusto,

rehusas lo que nos manda;
qué te puede suceder,
mira la encina mas alta
de ese bosque; considera
que pendiente de una rama
te elevabas al morir.

Suñer. ¿Ahorcado?

Ordoño. La cosa es clara.

Suñer. Doce dias no han pasado
que de la guerra tornára,
donde ojalá nunca fuera,
cuando aquella idea estraña
concibió, de que su casco
y todas sus ricas galas
vistiese su paje Sancho;
y en mal hora las llevára,
pues un oculto puñal
le atravesó las entrañas:
y el rostro desfigurado
por el de Ordoñez pasára;
cuando este en oculta fuga
huyendo nos fatigaba.
Creida su muerte, al punto
idea ya nuevas tramas,
y unas veces con su nombre,
otras encubierto, andaba
buscando gente atrevida
con pretesto á la campaña.
y ni sosegar nos deja,
ni él mismo un poco descânsa,
que en tratando de hacer daños

Ordoño. ¡Suñer!

Suñer. No me digas nada.
Si tú, como yo hace dias
buscando de todas armas
hubieras reconocido
la mitad de la Navarra,
si en vela ya cinco noches
oyendo solo venganzas.

Ordoño. Tu lengua te perderá.

Suñer. Ya mi paciencia se acaba,
no me gusta el nuevo empeño;
anoche me hallé de guardia.
Que conciliábulo tuvo
buen rato en Santa Esperanza.
Y hace tres horas volviendo
con un parte de importancia
hácia el bosque, descubrí
otra cosa muy estraña.
En número de cincuenta,
bien pude contar las lanzas
que junto á la triste ermita
ví se encuentran emboscadas.
Su jefe me contestó
que al primer rayo del alba,
ó antes de su luz, cuidoso
le espera junto al alcázar.
Que no es el lance arriesgado,
y un cuarto de hora le basta.
Esto me dejó confuso:
¿cómo don García trata
de dar un golpe aquí mismo
si en otra parte le aguardan?

Ordoño. Muy necio, Suñer, estás
quien el discurrir te manda.

Suñer. Lo que opino, que es demonio
y que en todas partes se halla.
¿Mas acerca del castillo
no aciertas colegir nada?

Ordoño. Vuelvo á decirte que no:
si fuese así, lo callára.

Suñer. Eres digno confidente,
se parecen vuestras almas.

Ordoño. Te has quedado pensativo.
El premio que nos aguarda
si nuestros finos puñales
en esta noche trabajan
á satisfaccion de Ordoñez.

Suñer. No me lo recuerdes. Calla,
que el crímen que prometí

Ordoño. Con cien escudos se paga.
Suñer. Vil precio.
Ordoño. Que por cada uno
son cien escudos, repara.
Suñer. Delante de un sacerdote
en una ermita sagrada
cebar las bárbaras manos
en su inocente garganta.
Ordoño. ¿Has oido?... Suenan pasos,
¿serán ellos?
Suñer. ¡Desgraciadas
víctimas!
Ordoño. No... me engañé... (*Acercándose á la peña donde está Suñer y mirándole traidoramente.*)
Recuerda la hondas llagas
que á don Gonzalo infeliz
desgarraron... tu palabra
si llegas á estar remiso
en cumplirla; aquella daga
la misma, Suñer, tu pecho
con rencor atravesára.
Suñer. Si bien consigo salir
de esta empresa sanguinaria,
jamas lo ofrezco á esa ermita
Ordoño. ¿Escuchaste ahora? ¿la marcha
de dos corceles parece? (*Se levantan.*)
Suñer. Es el viento que desgaja
las arboledas. ¡Qué noche
tan terrible nos aguarda!
Por nuestro crímen el cielo
muestra su furor.
Ordoño. Con agua.
Suñer. Negros nubarrones cruzan,
y las fugitivas ráfagas
que brillan con yerta luz
nos anuncian la borrasca.
Jesus mil veces.
Ordoño. ¿Qué tiemblas?
Suñer. Cual retumba en la montaña

el eco sordo... otra vez.

Ordoño. Mira si alguien se adelanta,
fuera fácil nos descubra,
pues del uracan la saña,
impide se oigan los pasos.
La hora estará cercana:
juzgo oportuno esperar
al acecho entre las matas.

ESCENA II.

AZNAR SANCHEZ, *armado, observa cuidadoso, mientras se esconden entre los matorrales* SUÑER *y* ORDOÑO, *haciéndose una seña de inteligencia.*

No me engaño. La senda junto al bosque,
el matorral espeso. Este es el sitio.
(*Mira por la cerradura de la ermita.*)
Un bulto arrodillado en los altares,
es el anciano que ha de bendecirnos.
Por dos veces tambien entre estas matas
de pausado pisar rumor percibo;
el viento aquí mecerlas no podria,
seremos espiados. Dios benigno,
antes que se disipe mi esperanza
ardiente un rayo me hunda en el abismo.
(*Suenan las trompetas al lejos tocando á diana.*)
Es en Valtierra el toque de alborada.
Antes que vengan los contornos miro. (*Se va.*)

ESCENA III.

DOÑA JIMENA *y* RUI-VLASCO, *sosteniéndola y cubriéndola con su tabardo que sacude del agua.* ORDOÑO *atraviesa sin ser visto junto á la ermita y despues* SUÑER.

D.ª Jim. ¿Llegamos ya?
Vlasco. Sí señora.

D.ª Jim. Vlasco, el tabardo me quita;
allí distingo la ermita.
Bendita sea en buen hora.

Vlasco. Aunque ha pasado el turbion
se siente un poco de frio;
cubríos.

D.ª Jim. Amigo mio
se me abrasa el corazon.
Mucho os habré molestado
con mis continuos temores;
os debo muchos favores
por vuestro anhelo y cuidado.
¡Si pudiera descansar!
cuanto lo estimára, Vlasco.

Vlasco. Señora, aquí hay un peñasco,
y aunque os ha de incomodar
su duro asiento

D.ª Jim. Estoy bien.

Vlasco. Humedecido estará;
el tabardo impedirá.

D.ª Jim. Cubríos con él tambien.
Y mi Gonzalo, mi hermano,
¿cómo de mí se apartó
si á mi Aznar le prometió
él mismo darle mi mano?
¿No se goza en mi alegría?
¿No tiene parte en mi bien?
Gonzalo querido, ven
hermano del alma mia;
Rui-Vlasco, cuanto le quiero,
mi segundo padre ha sido
el que me ha compadecido
tan solo en el mundo entero.
Y luego quiere á mi Aznar
casi tanto como yo.
¿Cómo Gonzalo partió
cuando me voy á casar?
¿Y él tambien? Aznar no viene?
¡hoy me abandonan los dos!
Triste suceso ¡oh mi Dios!

Sin duda ¿qué los detiene?
Tú los salvarás, ¡Señor,
tu voluntad yo bendigo.
Implora, Vlasco, conmigo
que les tienda su favor.

Vlasco. Calmaos: con el anciano
que vino de mensajero,
le ví ha rato del armero
que salia vuestro hermano.
Sucesos son de la guerra.
Me dijo os acompañára
y en su nombre os animára.

D.ª Jim. Aquel anciano me aterra,
siempre embozado el semblante
las dos veces que ha venido,
y altanero y atrevido
de mis pasos vigilante;
si el cadáver no mirára
enterrarse del esposo
para turbar mi reposo
su misma sombra juzgára.
¿Y Aznar que se adelantó
á nosotros mas de un hora
y ya ha rayado la aurora
habré de esperarle yo?
Su delirio por Jimena,
su amoroso frenesí,
así me lo prueba, así
aumentando mas mi pena.

Vlasco. No, sin duda habrá venido,
é impaciente de esperarnos
desearia encontrarnos.
La senda que hemos traido
él no puede adivinar.
Mas en viendo que no os vé
pronto tornará.

D.ª Jim. Lo sé
pues nunca ha faltado Aznar.
¡Qué noche tan azarosa!
Todos son tristes agüeros.

Y de aquellos caballeros
que en marcha tan silenciosa
salian de la espesura
¿no vistes el escuadron?
¡cual sería su intencion!
¿Conociste su armadura?
¿acaso su pendoncillo?
¡Oh funesta oscuridad!
¿Pero su marcha en verdad
parecia hácia el castillo?

Vlasco. Doña Jimena, os aterra
un caso sin importancia,
que la menor circunstancia
causarlo puede en la guerra.

D.ª Jim. ¿Mas del bosque no salian?

Vlasco. Así es, Señora, verdad,

D.ª Jim. Y en noche de tempestad
ocultos ¿que esperarian?
Alguna conspiracion
piensan de horrible suceso.
Un insoportable peso
oprime mi corazon.
El llanto á mis ojos viene
y yo no puedo llorar,
ni quisiera yo temblar
y el alma temores tiene.
Mi rostro se encuentra yerto,
y aunque á vista del santuario,
en lugar tan solitario
pavor me impone el desierto.
Quisiera hablar al anciano
que el santo retiro habita,
llamad, amigo, á la ermita (*Llama Vlasco.*)
Su voz el dolor tirano,
acaso logre acallar,
dando paz al corazon.
Oirá mi confesion.
Vlasco volved á llamar (*Llama otra vez.*)

Relig. (*Desde dentro.*)
¿Quién es?

D.ª Jim. ¿ Respondieron ?
Vlasco. Sí.
D.ª Jim. Que acento tan misterioso.
Bendecido religioso,
tened compasion de mí,
abridme por caridad.
Relig. ¿ Quién ?
D.ª Jim. Un pobre pecador.
Relig. El santuario del Señor
nunca á él se cierra: Esperad.

ESCENA IV.

DICHOS *y el* RELIGIOSO *apoyado en un báculo. Se detiene al ver una dama.* DOÑA JIMENA *se arroja á sus pies.*

Relig. Alzad os suplico.
D.ª Jim. Así de rodilla
la sien bendecidme.
Relig. Alzad por favor.
El Cielo os conceda su gracia. Se humilla
el hombre en la tierra tan solo al Señor:
¿ en que os serviria ?
D.ª Jim. Yo soy pecadora,
mi pecho ha sentido la llama de amor.
Relig. ¿ La ley os lo impide ? Contra ella, Señora,
amar es entonces el crímen mayor.
D.ª Jim. Oidme os suplico.
Relig. Y cerca de mí
sentaos ¿ cansada parece que estais ?
D.ª Jim. Observa Rui-Vlasco si vienen aqui. (*Se va Rui-Vlasco.*)
Con solo escucharme mi afan consolais.
Ha dias, ó padre, perdí yo mi esposo.
Relig. ¡ Notable desgracia !
D.ª Jim. Su muerte lloré,
empero me fuera su vínculo odioso,
y así mi amargura terrible no fué.
Relig. Señora, ¿ que escucho ! infúndeme espanto

¿no amábais y osásteis llamarle Señor?
¿de casto himeneo el vínculo santo
así profanásteis?

D.ª Jim. Piedad del dolor.
Sabia él, oh padre, que odiaba su mano,
sabia que mi alma un otro adoró.

Relig. ¿Mas vos consentísteis?

D.ª Jim. Cadalso profano
el cuello de un padre entonce amagó.
Y yo por salvarle llorosa cedí,
empero mis lazos jamás olvidé,
á aquel que me unieron jamas ofendí,
y solo un recuerdo de Aznar conservé.

Relig. ¿Aznar habeis dicho? ¿El jóven valiente
que audaz en Castilla las huestes mandó?

D.ª Jim. Mi amor es la causa de hallarse él ausente,
por ver su Jimena, su honor descuidó.

Relig. ¿Y vos de don Nuño la hija sereis?

D.ª Jim. Su sangre he heredado.

Relig. ¡Señora infeliz!
No mas del de Ordoñez os ruego me hableis,
en daros perdon me juzgo feliz.
El mundo proclama la noble virtud
que adorna vuestra alma, sencilla, inocente:
cobrad, oh Jimena, la blanda quietud:
alzad á los cielos la cándida frente.
Al vil asesino se quede temblar,
se quede al que infame su honor mancilló.
No es crímen horrendo delito de amar.
Los lazos sagrados la muerte anuló. (*Se levanta doña Jimena.*)
Señora el semblante teneis desfallido.

D.ª Jim. Me habeis recordado mi triste agonía.
¿No oísteis del trueno el sordo estampido?
el rayo que brilla tambien relucia.
Mi alma destroza funesto tormento.

Relig. Calmaos, Jimena, mirad al Santuario:
el hijo de un Dios alli tiene asiento,
favor imploradle.

D.ª Jim. Feliz solitario
la voz no se escucha del que es criminal.

Un voto solemne fijado ha mi suerte;
de un padre en la tumba, juré por mi mal
jamas me hallaria con lazos la muerte.

Relig. ¿Faltásteis, Señora?

D.ª Jim. ¡Estremo dolor!
quisiera...

Relig. ¿Quisiérais al Cielo engañar?

D.ª Jim. ¿Y si él por amarme sucumbe?

Relig. ¡Que horror
(*Se sienten pasos.*)
Mentir al Eterno por un...

D.ª Jim. Es Aznar.

ESCENA V.

LOS MISMOS. AZNAR *y* RUI-VLASCO.

Aznar. Mi bien, mi delicia.

Relig. Teneos, profano, (*Se levanta.*)
tened el impulso de gran liviandad.
El Ser de los Seres, el Dios Soberano
castiga terrible la impura impiedad.

Aznar. ¡Qué vóz! Perdonadme, mi vista turbada
el digno ministro no vió del Señor.

D.ª Jim. Perdon para entrambos.

Aznar. Dejad que humillada
mi frente...

Relig. Apartaos, huid seductor.
¿Qué intentos os traen al sacro lugar?

Aznar. Oh Padre, á Jimena unir mi destino.

Relig. Haciéndola á un voto sagrado faltar:
de eterna condena la abris el camino.
De noble entusiasmo divino exaltada,
feliz, encendida su austera piedad
sin duda sus votos formára inspirada,
y acaso en su esfuerzo gozaba solaz.
Acaso del cielo un don soberano
su alma inocente asi agradeció.
Y vos su sosiego turbais, inhumano,
¿quereis que destruya lo bueno que obró?

Aznar. Ya soy mas dichoso. Vivis engañado,
oh Padre, no turbo su sincera paz:
jamas de Jimena el labio inspirado
el voto solemne dictó con verdad.
Un bárbaro esposo, la fuerza, el terror
de su alma arrancaron promesa fatal.

Relig. (*A doña Jimena.*)
¿Y vos no sentíais celeste fervor?

D.ª Jim. Tremendo á mi vista brillaba un puñal:
el trueno horroroso contino zumbando,
la opaca Capilla, su atroz maldecir,
sus dedos de hierro mis carnes llagando
quien ¡ay! al tormento poder resistír.

Relig. Venid á mis brazos, venid sosegados.
El Dios por mi mano os da bendicion;
los votos solemnes los hace sagrados
no el labio, del pecho la santa intencion.
Rogadle si culpas teneis que borrar,
contritos rogadle. Jamas fué cruel.
La eterna justicia no os haga temblar.
Piedad es la enseña del Dios de Israel.

Aznar. Oh Padre, la aurora nacer se divisa,
partir me es forzoso.

Relig. El casto deseo
vereis satisfecho. Augusta la misa
oid, en que os una un puro himeneo.
La voz del dichoso, su rezo inocente,
tan solo en la ermita feliz sonará:
y en vez del profano que se halle presente
el Dios de los buenos testigo será. (*Se entran todos en la ermita.*)

ESCENA VI.

SUÑER, Y ORDOÑO *embozados salen de los matorrales.*

Ordoño. Ya se han entrado. Sin duda
que cerráron por prudencia,
la santa ermita. Valor,
que el momento está ya cerca.

Suñer. ¿No te conmovió? ¿La viste?
Ordoño. De Navarra la mas bella,
la mas galana de todas,
la hermosa doña Jimena.
Sí, la he visto; y tú no ignoras
es la víctima primera.
Suñer. ¡Mujer infeliz!
Ordoño. ¿Lo sientes?
Ademas, si resistencia
encontramos, por desgracia
á todos su fin espera:
aun al mismo religioso
si osase oponer la fuerza.
Suñer. Sacrílego, calla, calla,
del cielo la ira funesta
atraerán tus palabras.
Ordoño. Señor Timorato, piensa
que su favor le liberte
de mi venganza sangrienta.
Suñer. ¿Y qué os hizo la infeliz?
Ordoño. Eso á vos no os interesa.
Suñer. ¿Casi, casi te enojaste?
Ordoño. Tus palabras se desprecian.
Un tiempo me despreciaron
ellos tambien, porque yo era
de la noble comitiva
de don García. Él supiera
apreciarme en lo que valgo,
y desde entonces mi diestra
en contra de los Fortuños
y en su favor se interesa.
Paga bien... Mas cuanto tarda. (*Mirando hácia el bosque, Aparte.*)
Sí malograda la empresa
del castillo. Estoy inquieto.
Suñer. (*Mirando por la cerradura.*)
Ya la ceremonia empieza.
Ordoño. (*Aparte.*) Aun no parece. Que diablos...
Y como acertar...
Suñer. Tú... observa... (*Se acerca á mirar Ordoño.*)

llevan las manos unidas,
y se miran con terneza.

Ordoño. El buen escudero llora,
es como tú un alma tierna.

Suñer. Ya se arrodillan.

Ordoño. Sus ojos
no los alzan á la esfera:
los amantes, sus deidades
las adoran en la tierra.

ESCENA VII.

DICHOS, Y DON GARCÍA, *seguido de* DOS GUERREROS *que se quadan junto al bosque.* (*D. Garcia durante los últimos versos se acerca sin ser sentido y los sorprende. Al grito que dá Suñer se oye un ruido en la capilla.*)

D. Gar. Y en su infierno.

Suñer. Santa Fé.

D. Gar. Villanos, en las malezas
no os dije que me esperáseis
ocultos? Si alguien se acerca
no sospechará...

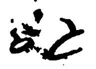
Ordoño. Ninguno
toma del bosque la senda
que todos huyen la ermita
de este santo Anacoreta.
Hasta ahora en los Zarzales
estuvimos á la espera,
y bravos lances por cierto
tuvimos para la empresa,
mas por no errarlo pensamos
esperar á que viniérais.

D. Gar. Hicísteis bien, ¿están ahí?

Ordoño. Oyendo misa se encuentran.

D. Gar. Suñer, Ordoño, escuchadme.
He dispuesto que no mueran,
al menos hoy.

Ordoño. Que piedad!



D. Gar. Será mejor que consientan;
que piensen ya poseer
la felicidad suprema
de sus amores, y entonces
como el huracan se lleva
la fugaz nube, así al verme
su ilusion desaparezca.
Así es mayor su martirio.
Si de pronto sucumbieran,
ni su desesperacion,
ni su angustiosa vergüenza,
ni el cruel remordimiento
le llorarian con fuerza,
ni el insoportable peso
de una vida que ahora anhelan.
Estarán para acabar,
veré si tengo paciencia
para esperar... Al principio
solo quiero que me vean.
Mas si pienso de otro modo
acudid á cualquier seña.
Os encargo no olvideis
si acaso la violencia
es necesaria, jamas
vuestros puñales les hieran
de muerte... Tú sobre todo. (*Á Ordoño.*)
menos pesada tu diestra
procura que esté... Ya sabes
por ahora... Que padezcan; (*Aparte á Ordoño, señalando á Suñer.*)
Como él es supersticioso
y algo arriesgada la empresa
á Errando y Fañez conmigo,
por si Suñer manifiesta
irresolucion ó miedo
he traido á tu reserva.

Ordoño. (*Aparte á don García.*)
Como él no obre decidido,
será el único que sienta
cuanto un hierro profundiza.

D. Gar. Á una voz estad alerta. (*Se van por los*

matorrales. Don García se sienta apoyando su cabeza sobre la espada.)

ESCENA VIII.

DON GARCÍA.

Sangre... Sí, en la empuñadura
la sangre de un caballero.
Qué mal supísteis acero
conservar su fama pura!
Ya por siempre se hizo obscura,
ignorada, envilecida:
ya de mí fuísteis vencida:
os tengo de conservar;
al menos por recordar
que mal guardásteis su vida.
Sangre que yo derramé
en contemplaros me gozo;
es la suya. ¡ Pobre mozo
que mal parado que fué.
Gozaos, Fortuño, á fé
de que me dais compasion:
os voy cobrando aficion,
y si en mi mano estuviera
daros la vida... os abriera
otra vez el corazon.
No los podeis ya amparar
pobre Gonzalo de mí,
ellos se olvidan de tí
y se van á desposar.
Otra vez irá á engañar
aquel labio fementido
al esposo preferido,
y ya enlazados los dos
cantan en gloria de un Dios
á quien tanto han ofendido.
Tal vez sus preces impías
en los cielos resonaron
que tremendos se indignaron

de sus torpes alegrías.
¡Cuántos venturosos dias
se prometen de placer!
¡Qué pocos de padecer!
Muy ciegos en todo errais
que por mucho que vivais,
un instante debe ser.
Es injusticia en verdad,
clamareis desesperados;
dos que se ven tan amados
morir por necesidad.
¡Qué triste fatalidad!
Qué necio el destino fué.
¿Por qué no gozar? por qué
no ser eterna la vida?
Pareja bien avenida,
á fé mia que no sé.
¿Y vosotros, me direis,
por qué sufro tanto yo?
A quien infeliz nació
¿vuestra mano no tendeis?
¿por qué no le socorreis?
¡Miserables!... Qué he escuchado! (*Se levanta al escuchar los tres toques de la campanilla para alzar.*)
Es el cuerpo consagrado
del divino Redentor.
Jesus hijo... Del furor
me siento ya desarmado.
Osaria profanar
este recinto piadoso. (*Vuelve la campanilla á sonar.*)
Otra vez... ¡Qué religioso
es el sonido de alzar!
Si yo pudiese olvidar
de mi mente su himeneo.
Mas no, que unidos los veo:
allí las manos se dan.
Allí mismo morirán.
¿Qué haré? Temo y lo deseo.
Para terminar estan;

si tardo mas son esposos
y un momento son dichosos
ni un instante lo serán.
Mis manos se empaparán
en su sangre, es necesario
y este divino Santuario
que sus dichas debió ver
para ellos hoy vendrá á ser
triste y funeral osario.
¿Qué contiene mi rencor?
abran profanos aquí...
—No me responden... así
lo conseguiré mejor. (*Da fuertes golpes con la espada.*)
¡Oh rabia! Abrid. ¡Oh furor!
aun se resiste... crujió
el roto gozne... cayó
la infame puerta... temblad. (*Entra con acero en mano. Ordoño aparece y á un silbido otros dos guerreros y Suñer con aceros desenvainados.*)

Relig. (*Desde adentro.*)
¡Impío! Tente.

D.ª Jim. (*Desde dentro.*)
Piedad. (*Se oye ruido de espadas.*)

Ordoño. Vamos, la nuestra llegó. (*Entran todos precipitadamente.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon suntuoso. Cámara de Don García. Este recostado en la mesa, cubierta con paños de terciopelo y en ellas bordadas con las armas de Valtierra (*). En otra silla el casco y espada, que será la de D. Gonzalo. Puerta al fondo, y por la parte de afuera un centinela.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA *y* ORDOÑO *á su lado respetuosamente en pié y descubierto.*

D. Gar. Ordoño, á maravilla lo tuvieras.
Escedió el resultado á mis deseos.
Te separaste apenas de mi lado,
cuando ya dirijia al bosque espeso
mi marcha, y mis soldados cuidadosos
tambien se hallaban á partir dispuestos.
Á su cabeza yo, junto al alcázar,
llegára en breve el escuadron guerrero.
Pronto se coronaron sus almenas
y en actitud hostil nos recibieron;
mas con la misma prontitud, sin gente
las torres se encontraron y terreros,
y el nombre de García, del de Ordoñez,
do quier llevaba sonoroso el eco.
Como tambien finjida fué mi muerte,
les hacia imposible el pensamiento
el qué existir pudiese. Decidido,
entonces yo me adelanté á su encuentro.
Cobraron confianza y los soldados
mi ademan y facciones conocieron;
al mismo instante se bajó el rastrillo,

(*) *Un castillo de oro en campo azul, y en su puerta un águila con las alas estendidas.*

y abierto estaba su porton de hierro.
Avanzaron en filas mis secuaces;
siguióse en breve general contento,
y mezclados los unos con los otros:
cuidosos preguntaban los sucesos
y mayores hazañas de la guerra.
En su marcial y bélico ardimiento,
anhelando noticias de don Sancho,
á una oculta señal, sin preveerlo,
acosados se vieron de los mios
y una lanza amagando cada pecho.
Sorprendidos así, rojos de ira,
mi existencia y mi nombre maldiciendo
á varios calabozos repartidos.
Los destiné donde se encuentran presos.

Ordoño. Bravo lance á mi fé,

D. Gar. Te lo repito,
un cuadro vieras imponente y bello.
Fuertes, lozanos, vigorosos mozos,
herizados de lanzas y de aceros,
soldados conocidos de alto nombre,
por cuarenta á lo mas aventureros
verse, sin combatir, ante sus plantas.
Fuerza es sonría siempre que lo acuerdo.
(*Entra Suñer.*)

Suñer. Un corredor que de llegar acaba
costeando la vega, ha descubierto
entre nubes de polvo á largas marchas
veloz avanza un escuadron ligero
de lucidos ginetes; ser presume
de Fortuño los nobles caballeros.

D. Gar. Yo bien lo preveia. De atalayas
esten algunos, y avisad con tiempo
en llegando á una milla del castillo. (*Se va Suñer.*)

Ordoño. Hallándose el Navarro en tanto aprieto
por la muerte del Rey, como don Sancho,
se decidió á tornar.

D. Gar. Ya de los pueblos
resuelta la conquista, á sus querellas
causa tan solo, temarario intento

fuera sin duda el continuar la guerra.
Asi don Sancho como ya los riesgos
distantes mira, afuer de aconsejado
y prudente adalid, ora de nuevo
á renovar sus órdenes vendría,
antes de ir al servicio de otro Dueño.
Buscará á don Gonzalo. Pobre anciano!
En mucho me placiera que en el Ebro
se lanzára á sacarle de sus aguas.

Ordoño. Siempre estais divertido.

D. Gar. Asi es bien cierto.
El pensar en Fortuños me recrea,
su martirio es mi solo pensamiento.
Á propósito, Ordoño. ¿Y nuestro herido
volvió de su congoja? El limpio acero
hará mortal el golpe.

Ordoño. No hay dudarlo;
sino á la herida, al roze del veneno.
Há un rato por su esposa preguntaba.

D. Gar. ¿Y por la mia?

Ordoño. Verla es su deseo,
y tesoros ofrece y aun palacios.

D. Gar. Gracioso es, vive Dios, su ofrecimiento.
Palacios y tesoros.

Ordoño. Los promete
al que le dé piadoso este consuelo.
Y yo, le he asegurado, que creia,
que reunidos se hallarian presto;
mas sin decirle en donde (*Indica á su puñal.*)

D. Gar. Bravo, amigo. (*Le da una cadena.*)
Bien la mereces... Ya nos entendemos.
¿Mas qué piensas del lance de la ermita?
¿Con qué valor el santo recoleto
se opuso á nuestras dagas? Cuan osado
ante el puñal nos presentó su pecho.
Á él deben existir algunas horas.

Ordoño. De Aznar ya deben ser cortos momentos.
Estará agonizando.

D. Gar. Ó dulce idea!
El que adoró, el que adora... Inmóvil, yerto,

pronto será un cadáver... Y sus brazos
al estrecharle, estrecharán un muerto.
No... vivireis Jimena... en el instante
le ha de ver, le ha de hablar.

Ordoño. Sí, ya comprendo.

D.ª Jim. (*Desde dentro.*)
Buscadle, amigos.

D. Gar. ¿Oyes?

Ordoño. Vuestra esposa.
Con ella solo á mi pesar os dejo. (*Se va.*)

D. Gar. No me enternecerá.

D.ª Jim. (*Desde dentro.*)
Mi Aznar.

D. Gar. ¡Oh rabia!
Siempre pensando en él.. Cual la aborrezco.

ESCENA II.

DON GARCÍA *y* DOÑA JIMENA.

D.ª Jim. Por fin os llegué á encontrar.
¿Dónde está... ¿Dónde mi Aznar?
¿El consuelo de mi vida?

D. Gar. Quien preguntais.

D.ª Jim. Homicida,
mi furor debeis temblar.
Ya ni soy débil muger
ni ya tengo que temer:
soy amante, y ultrajada
que jura verse vengada
si él llegase á perecer.

D. Gar. Fácil lo podeis decir.
¿Mas supo siempre cumplir
esa muger lo que jura?
¿No ha sido nunca perjura?

D.ª Jim. ¿Puede el cielo consentir
sin lanzar su maldicion
tan perverso corazon?
¿No vibra el rayo su mano?

D. Gar. Vos me culpais de inhumano,
no es piadosa la intencion
con que le rogais mi mal.

D.ª Jim. Decidme, ó dolor fatal,
¿ del tierno amigo qué hicisteis?
D. Gar. Soy muy cruel!
D.ª Jim. No lo fuisteis
con él...
D. Gar. Soy hombre infernal.
Solo os prometo, Señora,
que aun existe y os adora.
D.ª Jim. No me engañeis.
D. Gar. Todavía
él existe.
D.ª Jim. ¡ Suerte mia !
D. Gar. Mas no vivirá media hora.
D.ª Jim. No me maltrateis... Tirano.
D. Gar. Tirano... hombre halagüeño
que descubre vuestro amor.
D.ª Jim. (*Fingiendo.*)
No lo sois... sois mi Señor.
D. Gar. Aznar será vuestro dueño,
aun me haceis mucho favor.
D.ª Jim. Vedme humillada, rendida.
D. Gar. Alzaos que os molestais.
D.ª Jim. Os pido de Aznar la vida.
D. Gar. Vanamente lo intentais.
Su muerte está decidida.
D.ª Jim. Por vuestro mayor dolor
lo suplico.
D. Gar. No ha de ser.
D.ª Jim. Por el entrañable amor,
de la que os viera nacer.
Por la muerte del Señor.
D. Gar. Nada, nada servirá.
Aunque quiera no podria.
D.ª Jim. Compasion.
D. Gar. No, nada ya;
mas en cambio don García
otra gracia otorgará.
Que habeis de estimarla es llano
siendo del amigo fiel.
D.ª Jim. ¿ De Aznar ?
D. Gar. No, de vuestro hermano.

Os traigo noticias de él.
D.ª Jim. Sin duda partió lejano,
cuando á mi lado no está.
D. Gar. Y diz que no volverá
á consolaros, Jimena.
D.ª Jim. Él me adora.
D. Gar. Enhorabuena;
mas creed no vuelve ya.
D.ª Jim. Tiemblo, ó cielos, descubrillo.
D. Gar. Hoy de su afecto sencillo
por mí un regalo os envia.
D.ª Jim. Su memoria bastaría:
dadme; ¿será algun anillo?
D. Gar. No Señora. Es este acero
digno don de un caballero.
Es esta espada.
D.ª Jim. (*Reconociéndola con terror.*)
Es la de él.
¿Cómo os la entregó? ¡cruel!
Consolad mi afan. Yo muero.
D. Gar. Bella pregunta me haceis.
¿Su valor no conoceis?
Si Gonzalo la entregó,
cuando tanto la estimó,
su suerte no dudareis.
Por fuerza solo lo haria.
D.ª Jim. Ó que terrible agonía.
D. Gar. Cierto en la agonía estaba,
cuando yo le aseguraba,
que solo á vos la daria.
D.ª Jim. Tened de mí compasion.
D. Gar. Tambien él me la pidió
tarde ya, su corazon
cuando tuve la intencion
de acudir, se desangró.
D.ª Jim. Bárbaro, no ya dolor,
solo me inspirais rencor.
Os conozco estar mintiendo.
Cuerpo á cuerpo combatiendo,
no alcanzárais tanto honor.
Y mas no quiero escucharos.

D. Gar. Yo tengo de perdonaros
en cambio que me ultrajais,
y que al amigo veais
he dispuesto el otorgaros.
No esperábais en verdad
tal gracia de mi bondad.
D.ª Jim. No, la agradezco.
D. Gar. No importa.
La visita eso sí, es corta...
Y para una eternidad. (*Se va.*)

ESCENA III.

DOÑA JIMEMA, *sola.*

Numen Santo
Poderoso,
Dios piadoso
de bondad.
De mi pecho
la tristeza,
la amargura,
consolad.
Amoroso
Señor mio,
del impío
líbranos.
Y la acerba
triste vida,
con tu ejida
sálvanos.

ESCENA IV Y ÚLTIMA.

DOÑA JIMENA *y* AZNAR, *conducido en un sillon por algunos guerreros.* ORDOÑO *manda colocarlo en medio.*

D.ª Jim. Es él!... Aznar!
Ordoño. Mi Señor
á vuestra pena rendido
piadoso ha condescendido,
que veais vuestro amador. (*Se retira con los soldados.*)
D.ª Jim. Partió.

Aznar. Jimena. Jimena...
D.ª Jim. Qué voz tan lúgubre! Oh Dios!
Aznar. ¿ Estamos solos los dos ?
¿ Es cierto ? ¿ No me enagena
sueño feliz ?
D.ª Jim. Aznar mio.
Aznar. No es ilusion del deseo.
Tu casto semblante veo
que acuerda mi desvarío.
Ven, amores. Ven, hermosa,
goce este don soberano;
dame aquí tu blanca mano:
Dámela que eres mi esposa.
Deliciosa prenda mia
siento tan grande placer,
que precursor debe ser,
de mi funesta agonía.
D.ª Jim. No, tú vivirás por mí.
Cuando ya tu corazon
se desmaye, mi pasion
te dará fuerzas á tí.
Cuando de tus ojos bellos
se anuble la luz radiante,
los de tu Jimena amante
te prestarán sus destellos.
Tus párpados contendrá
mi mano al verlos cerrarse,
y al sentir tu rostro helarse,
mi calor le animará.
Aznar. Hermosa, hermosa muger,
ánjel divino de amor!
¡ hay un tormento mayor
que tenerte que perder!
D.ª Jim. Desecha tal pensamiento,
mi dulce bien, mis amores,
¡ ah ! tus ojos seductores
se anublan... débil tu aliento.
Toca este pecho abrasado
que solo alienta por tí.
¿ No sientes su frenesí ?
¿ su latir apasionado ?

Aznar. Sí, eres mia, y solo mia,
y nunca de él, ¿no es verdad?
D.ª Jim. No le acuerdes por piedad.
Aznar. Ahora es feliz mi agonía.
Tú fuiste el ánjel primero
que abrió mi vida al placer,
que dió espíritu á mi ser;
tú debes ser el postrero
que me sepulte en la tierra.
Tu voz será mi armonía
celestial. Tu mano fría
mis ojos cansados cierra;
ya solo tienen tu luz.
¡Ánjel mio!
D.ª Jim. ¡Qué dolor!
Aznar. Por mí le ruega al Señor
en su bendecida cruz.
D.ª Jim. Calla, Aznar... por compasion
¿no queda esperanza alguna?
Aznar. No, mi delicia, ninguna.
La herida hasta el corazon
ha traspasado... yo muero...
D.ª Jim. Que insufrible es el pensar
que sola debe quedar
quien ama en el mundo entero.
Buscaré la noble frente
que tanto me enamoró,
tu bozo que se formó
con mi respirar ardiente:
tu blanda mano adorada
que al tocar me estremecia,
tu mirar que prometia
tan grande dicha ignorada...
y solo un sepulcro ver,
que ofrezca á mi desvarío
su yerto mármol sombrío,
y para mas padecer,
creyendo escuchar tu acento (*Aparece don García y se va acercando sin ser visto.*)
con que amor me prometiste;
oir rebramando triste

*

